

MANUEL AGUSTIN AGUIRRE

Economía de Laisser Faire,
Liberal, Capitalista



Economía Planificada
Socialista

ECONOMIA DE LAISSEZ FAIRE, LIBERAL, CAPITALISTA

vs.

ECONOMIA PLANIFICADA SOCIALISTA

En esta hora, la más angustiosa, pero también la más esperanzada del mundo, en que la vertiginosa sucesión de los hechos y el debate a veces desesperado y violento sobre los mismos, conduce a la oscuridad y confusión cada vez más crecientes, todo aquello que tienda a esclarecer nuestro camino, a ayudarnos a tomar una posición razonada y justa, debe ser aceptado como un esfuerzo digno de realizarse. Contribuir a este esclarecimiento a medida de mis escasas fuerzas, es mi único deseo.

Es claro que al abordar tema tan amplio como el que encabeza esta charla, sobre el que se han escrito miles de volúmenes y que tiene que ser reducida aquí a un simple esquema expositivo, he tratado de fijar únicamente ciertas líneas fundamentales, señalar los trazos más firmes, de estas dos construcciones económicas, de estas dos economías en contraste, la Economía de laisser faire, liberal, capitalista y la Economía planificada socialista.

Dos mundos y dos economías. He aquí la realidad fundamental de nuestro tiempo. Quien quiera entender los grandes problemas de cualquier naturaleza que se plantean diariamente a nuestra consideración, tiene que partir necesariamente de la aceptación de que el mundo se halla dividido en dos campo en lucha, entre dos sistemas económicos, entre dos formas de vida: la de los que quieren mantener el sistema de producción capitalista, íntegramente o con ciertas adaptaciones, modificaciones y reformas, y la de los que

quieren transformarlo en otro sistema, el sistema socialista. Nunca como en esta época se ha planteado con mayor crudeza y precisión aquella sentencia hamletiana: ser o no ser. Jamás ha sido más universal y completa la lucha entre el pasado y el futuro, que para nosotros forma este presente, angustioso y esperanzado que nos ha tocado vivir. De ahí que procurar conocer cuales son los fundamentos esenciales de aquellos dos sistemas económicos, su mecanismo y su funcionamiento, es algo de trascendental importancia para todo hombre. Iniciemos, pues, el dibujo de nuestro esquema.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

PRIMERA PARTE

EL SISTEMA ECONOMICO DE LAISSEZ FAIRE, LIBERAL, (1) CAPITALISTA

Estas son, a mi entender, las características fundamentales de este sistema:

A.—La propiedad privada de los medios de producción y la compraventa de fuerza de trabajo, base de la plusvalía y de las clases sociales.

B.—La Producción con fines de lucro, regida por el mecanismo de los precios y con el sometimiento irracional del hombre a las leyes autorreguladoras del mercado.

C.—La Miseria, la servidumbre e inseguridad.

Procuremos analizar cada una de estas tesis:

(1) Al emplear esta expresión clásica y estereotipada, no ponemos el acento en la intervención o no intervención del Estado, como se hace generalmente, puesto que el Estado capitalista siempre ha intervenido en la defensa y mantenimiento de la propiedad privada capitalista y las relaciones que de ella se desprenden y que constituyen la base y fundamento del sistema; y más o menos directa o indirectamente en la protección y funcionamiento del mismo, de acuerdo con su desarrollo o declinación y las necesidades de las clases dominantes, lo que nos da el Estado mercantilista, liberal o fascista, pero siempre Estado capitalista dentro del sistema capitalista. Lo que queremos caracterizar con tal expresión, y que nos parece más de acuerdo con la realidad, es una economía irracional, de lucro, y regida por el mecanismo de los precios.

A

LA PROPIEDAD PRIVADA DE LOS MEDIOS DE PRODUCCIÓN Y LA COMPROVENTA DE FUERZA DE TRABAJO, BASE DE LA PLUSVALIA Y DE LAS CLASES SOCIALES

Quizás sea esto lo que distingue esencialmente al sistema de producción capitalista del sistema de producción socialista.

Tratemos, pues, de explicar que son los medios de producción y el origen de la propiedad privada.

Todos los días satisfacemos nuestras necesidades con una serie de bienes o artículos como pan, carne, zapatos, vestidos, etc. Estas cosas se ponen en contacto directo con nuestra necesidad, y al satisfacerla, se consumen. Es por eso que se les llama bienes o artículos de uso y de consumo. Pero para producir estos artículos de uso y de consumo, se necesitan otra clase de bienes, tales como tierras, fábricas, maquinarias, materias primas, etc. A estos bienes con los cuales se fabrican o producen artículos o bienes de consumo, se los llama bienes de producción o medios de producción. Sirven para satisfacer nuestras necesidades en forma indirecta, al utilizarse en la producción de las cosas que consumimos en forma directa. Naturalmente, una multitud de cosas pueden servir a la vez como objetos de consumo o medios de producción, según el uso que se les dé: por ejemplo, el carbón que mueve una maquinaria o se quema en la chimenea para la calefacción. Sin ellos no se puede producir. El capitalismo es un sistema económico en que los medios de producción, tierras, fábricas, materias primas, transportes, minas, etc., pertenecen a individuos o grupos de individuos.

No siempre los medios de producción han sido de propiedad individual. En la organización tribal o gentilicia, con su modo de producción denominado colectivismo o comunismo primitivo, los medios de producción como la tierra y los instrumentos de trabajo, aun rudimentarios, pertenecen a la colectividad. Se produce y consume en común. Sólo más tarde, con el desarrollo de las fuerzas productivas, aparece no sólo la propiedad de los bienes de consumo, sino también la de los bienes o medios de producción, tierra, rebaños, el arado, la barca. Y como el hombre, debido al desarrollo productivo, llega a producir más de lo que consu-

me, resultando ventajoso ponerlo a trabajar en provecho de otro, ya que rendirá un producto mayor que el que necesita para subsistir, aparece también la propiedad sobre el hombre, o sea el esclavo. En el régimen esclavista tenemos entonces ya la propiedad privada de los medios de producción y aun de los productores, los esclavos, "herramientas que hablan" y sobre cuyas vidas el esclavista mantiene un dominio absoluto.

En la Edad Media y bajo el régimen feudal, encontramos, por una parte, la propiedad feudal de los señores sobre los medios de producción, en especial la tierra y la propiedad parcial sobre los productores, los siervos, a quienes podían comprar y vender, pero no matar a su arbitrio; y por otra parte, la propiedad individual del campesino y del artesano sobre sus instrumentos de producción y su pequeña industria privada, propiedad que se basa en su propio trabajo personal. Es por esto que en todas partes reina la pequeña explotación. Los instrumentos de trabajo (arados, talleres, herramientas), eran instrumentos individuales de trabajo, destinados al uso personal, pequeños, minúsculos, limitados, que se emplean en el trabajo directo del pequeño cultivo agrícola y el taller artesanal de la ciudad.

El capitalismo se organiza en el seno de la sociedad feudal, del que sale como una mariposa de su crisálida. La burguesía que comienza como un estamento de la feudalidad, desarrolla en su seno la industria de los oficios y el cambio de productos. Pero el capitalismo, para su desarrollo, acorde con las nuevas exigencias del mercado que abren las rutas a la América y la India, necesita, por una parte, concentrar en sus manos y desarrollar esos medios de producción, pequeños, minúsculos y diseminados, a fin de transformarlos en las potentes palancas de la producción moderna; y por otra, necesita también hombres desposeídos de esos medios de producción, que no pudiendo trabajar por sí mismos, estuviesen obligados a vender en el mercado su fuerza de trabajo. Y estos requisitos se cumplen en el período que Marx llama de la acumulación originaria del capital, que no es otra cosa que el proceso de formación de la propiedad capitalista por medio de la expropiación, despiadada y violenta, de los medios de producción que se hallaban en las manos de los campesinos y artesanos, a los que se despoja de sus talleres y arroja de las tierras (a lo que se llama pomposamente liberación de los siervos) y que van

a formar las filas de los proletarios condenados a vender "libremente" su fuerza de trabajo, en el mercado "libre". La compra y venta de la fuerza de trabajo será uno de los distintivos esenciales del capitalismo. Así, mientras sus medios de producción acumuladas en las manos de los primeros capitanes de la industria manufacturera e industrial, forman ahora la sagrada e intocable propiedad capitalista, sus cuerpos, su fuerza de trabajo, han de ir a incrementar y acrecentar esa propiedad. Así, la propiedad individual basada en el trabajo personal, se transforma en la propiedad capitalista basada en el trabajo ajeno, en un período lento, duro y sangriento de la historia. La propiedad capitalista se origina en la expropiación del productor directo, o lo que es lo mismo, en la destrucción de la propiedad privada fruto del trabajo personal, para transformarla en la propiedad privada fruto de la explotación. La propiedad capitalista "viene chorreando sangre y lodo por todos los poros de los pies a la cabeza".

 "La transformación de los medios de producción individuales y desheredados en medios sociales concentrados de producción, y por lo tanto de la propiedad raquírica de muchos en propiedad gigantesca de pocos, o lo que es lo mismo, la expropiación que priva a la gran masa del pueblo de la tierra y de los medios de vida e instrumentos de trabajo, esta espantosa y difícil expropiación de la masa del pueblo, forma la prehistoria del capital," dice Marx. Abarca toda una serie de métodos violentos, entre los cuales sólo hemos pasado revista aquí, como métodos de acumulación originaria del capital, a los más importantes y memorables. La expropiación del productor directo se lleva a cabo el más despiadado vandalismo y bajo el acicate de las pasiones más infames, más sucias, más mezquinas y más odiosas. La propiedad privada fruto del propio trabajo y basada, por decirlo así, en la compenetración del obrero individual e independiente con sus condiciones de trabajo, es devorada por la propiedad privada capitalista, basada en la explotación del trabajo ajeno aunque formalmente libre" (2).

Es por eso que Marx se ríe de aquellos que tratando de tergiversar interesadamente la realidad histórica, se esfuerzan por presentarnos la propiedad capitalista y su acumulación primitiva basada en la expropiación violenta del pequeño productor medioeval, como una anécdota idílica del pasado.

(2) "El Capital".—Ed. Fondo de Cultura Económica.—Pág. 852.

"Los orígenes de la primitiva acumulación, anota Marx, pretenden explicarse relatándolos como una anécdota del pasado. En tiempos muy remotos —se nos dice—, había, de una parte, una minoría trabajadora, inteligente y sobre todo ahorrativa, y de la otra un tropel de descamisados, haraganes, que derrochaban cuanto tenían y aún más. Es cierto que la leyenda del pecado original teológico nos dice que el hombre fué condenado a ganar el pan con el sudor de su rostro; pero la historia del pecado original económico nos revela por qué hay gente que no necesita sudar para comer. No importa. Así se explica que mientras los primeros acumulaban riqueza, los segundos acabaron por no tener ya nada que vender más que su pelleja. De este pecado original arranca la pobreza de la gran mayoría, que todavía hoy, a pesar de lo mucho que tienen que trabajar, no tienen nada que vender más que sus personas, y la riqueza de una minoría, riqueza que no cesa de crecer, aunque ya haga muchísimo tiempo que sus propietarios han dejado de trabajar" (3).

Así la producción capitalista organiza y afianza la condición fundamental de su modo de producción o sea el divorcio y la polarización entre una clase de hombres que poseen los medios productivos, y otra, que no teniéndolos, queda sometida a la primera, a la que tiene que vender forzosamente su fuerza de trabajo, ya que sin la posesión de aquellos medios no puede trabajar. El régimen de producción capitalista presupone el divorcio entre los obreros y la propiedad sobre las condiciones de realización de su trabajo. La llamada acumulación originaria que sienta las bases de la propiedad capitalista, no es otra cosa que la disociación entre el productor y sus medios de producción.

Y hemos dicho que la propiedad capitalista de los medios productivos constituye lo primordial del sistema, porque sin ella dejaría inmediatamente de funcionar como tal. En realidad, esta posesión de los medios de producción por una clase, la clase capitalista, la pone en condiciones de obligar a la otra clase, la trabajadora que carece de esos medios, a trabajar para aquélla y en su provecho. El capitalista dice al trabajador: "si no trabajas para mí no te permitiré que unas tu trabajo a mi tierra, a mi fábrica, a mis medios de producción. Pero si te lo permito, tienes que dejar una parte de tu trabajo en mi beneficio, por el hecho de que soy dueño de esos medios, por mi título de propiedad". Y el trabajador que de no hacerlo moriría de hambre, ya que no puede trabajar por sí solo, puesto que no tiene ni puede adquirir los medios productivos, está obligado a resignarse

(3) *El Capital*.—Pág. 801.

a trabajar para otro, dejando que éste tome, sin recompensa alguna, la mayor parte de su trabajo. Así recibirá un salario que es únicamente el pago de una parte del valor de su trabajo, o sea apenas lo necesario para subsistir, para seguir teniendo fuerza de trabajo que entregar, y el resto irá a aumentar el capital, cuyo origen hemos esbozado, acrecentándolo y acumulándolo día a día.

Estas son, pues, las condiciones de la explotación, de la extracción de la plusvalía o sea del trabajo no pagado al obrero y que constituye la esencia del sistema actual. Dentro de este sistema, los medios de producción o sea aquellos bienes que sirven para fabricar artículos de consumo que satisfagan las necesidades de la vida, se los hace servir, en virtud de la apropiación individual, para obtener plusvalía o sea explotar a los otros, dándoles así el carácter de capital; porque el capital no es otra cosa que los bienes de producción, simples bienes en sí, usados y utilizados en la inhumana función de extraer plusvalía o sea trabajo no pagado. Los medios o bienes productivos no son capital en sí, por nacimiento y por esencia, sino únicamente por la función que se los hace desempeñar dentro de este sistema capitalista. El día en que dejen de ser propiedad privada y pasen a ser propiedad social, continuarán siendo bienes productores, pero ya no llevarán el nombre de capital, puesto que ya no podrán ser utilizados en la explotación del hombre por el hombre. El capital y el capitalismo habrán desaparecido.

"El capital no es una cosa, sino una **relación social** entre personas a las que sirven de vínculo las cosas. Un negro es un negro. Sólo en determinadas condiciones se convierte en esclavo. Una máquina de hilar algodón es una máquina para hilar algodón. Sólo en determinadas condiciones se convierte en capital. Sustraída a estas condiciones, no tiene nada de capital, del mismo modo que el oro no es por sí solo dinero, ni el azúcar el precio del azúcar. El capital es una relación social de producción. Es una relación histórica de producción" (4).

Es por esto que la propiedad privada de los medios de producción, que da a sus propietarios, por el simple hecho de serlo, el poder de obligar a los otros a trabajar para ellos, permitiéndoles enriquecerse y vivir sin trabajar, constituye

(4) *El Capital*.—Pág. 856.—Trabajo, Asalariado y Capital.—Ed. Europa América.—Pág. 30.

la base y la estructura del sistema capitalista, basado en la propiedad y la explotación.

También esta propiedad capitalista es, como ya se ha visto, la que divide a la sociedad en dos clases fundamentales y antagónicas, la de los que tienen los medios de producción (capitalistas), y las que no los tienen (proletarios).

No hay, pues, que confundir la propiedad privada basada en el trabajo personal, con la propiedad capitalista basada en el trabajo ajeno. La propiedad capitalista de los medios de producción, es la propiedad sobre el trabajo ajeno utilizada para extraer más trabajo ajeno.

B

LA PRODUCCION CON FINES DE LUCRO, REGIDA POR EL MECANISMO DE LOS PRECIOS Y CON EL SOMETIMIENTO IRRACIONAL DEL HOMBRE A LAS LEYES AUTORREGULADOR DEL MERCADO



La propiedad capitalista, cuyo origen y función acabamos de esbozar, necesita crecer y desarrollarse. El sistema de producción feudal, con su red de limitaciones —pues todo está reglamentado y controlado, desde la cantidad de materias primas que se pueden adquirir, el número de aprendices y compañeros para cada taller, lo que ha de pagárseles y hasta la forma y calidad de los artículos a producirse— no es el marco para su impulso de fuerza nueva en movimiento. Necesita para expandirse la destrucción de todos los obstáculos que se encuentran en su camino, y enarbola la bandera de la libertad y el campo abierto sin limitaciones. La propiedad así se liga erróneamente con la libertad. La propiedad es la libertad.

Los economistas clásicos, sucesores de los fisiócratas, descubren la existencia de un orden esencial y natural, cuya base es la propiedad. Este orden natural y espontáneo está regido por leyes también naturales, las mejores posibles, que si funcionan libremente y sin ninguna intervención exterior, traerán la abundancia y la prosperidad. No se trata de hacer, de dirigir o de controlar, sino de dejar hacer, de-

jar pasar, de entregarse alegres y confiados al simple juego de aquellas leyes inexorables. Propiedad y libertad, "Laisser faire, laisser passer". Dejar hacer, dejar pasar.

Los profesores Federico Garver y Alvin Harvey Hansen, de las universidades de Minnesota y Harvard, describen el sistema de "laisser faire", en la siguiente forma.

"Se califica así a un orden económico en el que existe una mínima intervención del Estado en la industria, dejándose a cada individuo en libertad de dedicarse a la ocupación que desee, de acumular y emplear su propiedad privada sin indebidas restricciones por parte del poder público, de efectuar libremente los contratos que desea y de cambiar productos en el mercado a los precios que pueda obtener. Por lo tanto, hay cuatro instituciones fundamentales, que forman la base del orden económico individualista: primero, libertad de empresa; segundo, propiedad privada; tercera, libertad de contratación, y cuarta, libertad de cambio. El orden individualista basado en las cuatro instituciones citadas se dice que está regulado por fuerzas "naturales" o "automáticas", distinguiéndolo del ordenamiento impuesto por una regulación social consciente y deliberada. Así, pues, en una sociedad con propiedad privada, libre contratación, libertad de empresa y de cambio, no hay un organismo oficial que determine libremente cuántos bushels de trigo o pares de zapatos se producirán, o el precio a que se venderán estos bienes. Se dice que todo se fija como resultado natural y automático de la ley de la **oferta y la demanda**. Si disminuye la producción de trigo, el precio será excesivamente alto, y los agricultores se animarán a producir mayor cantidad. Si los fontaneros escasean, los jornales de esta clase de trabajadores serán más elevados que los de otros con igual habilidad, y, en consecuencia, los trabajadores se sentirán atraídos hacia este oficio. Bajo el **funcionamiento automático** de la ley de la oferta y la demanda, el **precio del mercado** es una guía, que indica la cantidad de artículos de cada clase que han de ser producidos y la distribución de la población trabajadora entre las diferentes industrias" (5).

El profesor Benham de la Escuela de Economía de Londres, lo determina así:

"Si por lo general la gente está en libertad de disponer de su persona, de su propiedad a su gusto, el sistema social que resulta se llama capitalismo. Bajo el capitalismo la naturaleza y la magnitud de la actividad económica dependen de las innumerables decisiones tanto "personales" como de "negocios", que toman los distintos miembros de la sociedad, obrando cada uno de ellos como le parezca mejor. Para tomar decisiones se guían por los precios y por los cálculos de los futuros movimientos de precios. Sus decisiones, a su vez,

(5) Principios de Economía Política.—Ed. Aguilar.—Págs. 31-32.

influyen sobre los precios y contribuyen a formarlos. La economía es en gran parte el estudio de la formación de los precios y de las funciones que éstos desempeñan" (6).

Y el profesor Karl Polanyi:

"Una economía mercantil es un sistema económico controlado, regulado y dirigido solamente por los mercados; el orden en la producción y distribución de artículos está confiado a este mecanismo auto rregulador. Una economía de esta índole se deriva de la esperanza de que los seres humanos se comporten en forma tal que logren las máximas ganancias monetarias. Supone mercados en los que la oferta de artículos (incluyendo servicios) disponibles a un precio definido, iguale a la demanda a ese precio. Supone la presencia de dinero, que funciona como poder adquisitivo en las manos de sus propietarios. La producción estará entonces controlada por los precios, porque los precios forman ingresos, y con la ayuda de esos ingresos los artículos producidos son distribuidos entre los miembros de la sociedad. Bajo esas disposiciones, el orden en la producción y distribución de artículos es asegurado por los precios solamente" (7).

He aquí, que después de que en todos los sistemas de producción anteriores, es el hombre el que de alguna manera interviene, dirige y controla la economía, ahora es la economía la que controla y dirige al hombre. Los papeles se han cambiado. El mercado y sus leyes se convierten en los supremos dispensadores y reguladores del acontecer económico.

Vemos que este edificio se levanta sobre una serie de suposiciones que hoy nos parecen, muchas de ellas, de una tremenda ingenuidad. Anotemos algunas:

Parte del principio sugerido por Adam Smith de que la división del trabajo en la sociedad dependía de la existencia de los mercados o sea "la propensión del hombre, a trocar, permutar o cambiar una cosa por otra". De ahí nace el *homus economicus*, el hombre económico, basado en el interés personal. Esta falsa interpretación del pasado —dice Polanyi— resulta una buena adivinación del futuro, porque si esta propensión había jugado un papel secundario en la vida económica, cien años más tarde dominaba el planeta entero. Esta creencia extendida hizo posible que Herbert Spencer, sin ser economista, pudiera en la segunda mi-

(6) Curso Superior de Economía.—Ed. Fondo de Cultura Economía.—Pág. 11.

(7) "La Gran Transformación".—Ed. Claridad.—Pág. 107.

tad del siglo XIX, imponer la equivalencia del principio de la división del trabajo con el trueque y el cambio, falacia que Von Mises, Lippman y otros, repetirán cincuenta años después. Los historiadores económicos limitarán su interés a un período relativamente reciente de la historia, en el que el trueque y el cambio se hallaban ya bastante desarrollados y la economía primitiva fué relegada a la prehistoria. Así se creó y propagó un hombre primitivo de psicología mercantil, capitalista, que jamás existió. Los serios estudios de Morgan, Engels y aún los de Turnwald, Malinosky y otros economistas y antropólogos sociales, nos han demostrado, sin embargo, que la psicología del hombre primitivo no es capitalista sino social; que su actividad se encontró siempre sumergida dentro de sus relaciones sociales; y que su economía no es una economía de tendencia individual, sino social; que la ganancia no es natural en el hombre ni el acicate del trabajo es el lucro, sino la reciprocidad y el placer de trabajar en el grupo para la satisfacción social.

Este falso hombre económico, al actuar guiado siempre por su propio lucro e interés, ha de intervenir en todo momento en forma provechosa para la sociedad. Se conecta así falsamente el interés individual movido por el lucro, con el interés social.

Eleva a la categoría de leyes eternas, inmutables, las mejores posibles, de la naturaleza y de la razón, las simples relaciones queemanan del modo de producción y de propiedad capitalista, relaciones transitorias que surgen y desaparecen con los distintos modos productivos. A estas leyes se las constituye en diosas dominadoras e intangibles, ya que éllas presidirán el desarrollo del capitalismo para el enriquecimiento de la clase que posee los medios de producción o sea la propiedad capitalista. Estas son las leyes ciegas a las que se entrega el hombre, el hombre propietario, confiado en que su libre juego ha de traerle la riqueza y la abundancia, aunque engendren, por otra parte, la miseria y la escasez de la clase sin medios de producción o sea sin propiedad (8).

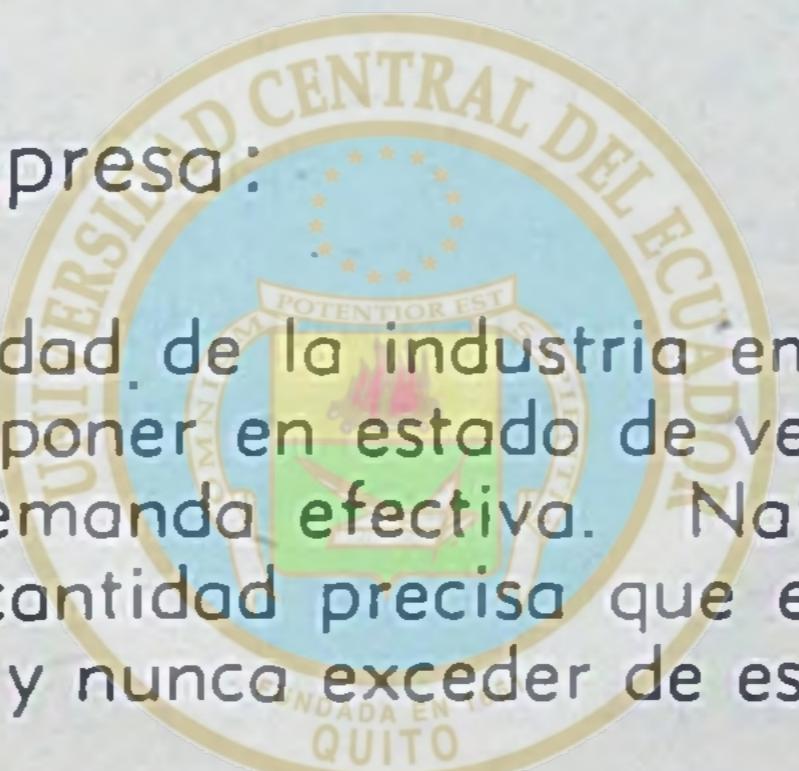
(8) "La nueva ciencia no era para ellos la expresión de la situación y necesidades de una época, sino de la razón eterna; las leyes de la producción y el cambio que formulaban no eran leyes correspondientes a una forma histórica determinada de estas actividades, sino leyes eternas de la naturaleza del hombre. Hombre, que bien considerado, era el ciudadano de la clase media de la época, en vías de

Supone que por medio del mecanismo de los precios del mercado, los factores productivos se distribuyen automáticamente entre las diversas ramas de la producción en la forma más eficaz para el máximo de satisfacción de la comunidad. Una distribución equitativa y también automática de los ingresos; un equilibrio constante entre ahorros e inversiones; la ocupación plena.

En fin, se trata de un sistema de equilibrio económico ideal, que excluye teóricamente la posibilidad de las crisis y la desocupación, o no les da importancia, ya que se sostiene que la oferta, cualquiera que sea su magnitud, crea su propia demanda. Por lo mismo, no tiene por qué existir desequilibrio alguno. Este supuesto equilibrio entre la oferta y la demanda globales, es el dogma fundamental de la escuela clásica.

Firmes en el conocimiento de la ley de la oferta y la demanda, los ortodoxos no suponen la crisis de superproducción.

Adam Smith expresa:

 "Que toda la cantidad de la industria empleada actualmente en conducir al mercado, o poner en estado de venta cualquier mercadería, corresponde a la demanda efectiva. Naturalmente, la industria procura llevar aquella cantidad precisa que es suficiente para satisfacer la dicha demanda y nunca exceder de esa cantidad" (9).

Esta afirmación desmentida por los hechos, hace que Juan Bautista Say sienta la necesidad de formular una teoría que lleva el nombre de "la teoría de las salidas", exaltada por Ricardo y que propiamente pertenece a James Mil. Parte de la premisa de que la demanda de mercancías no depende del dinero, que realiza un simple oficio de intermediario en el cambio, de manera que los productos se cambian con productos. En consecuencia, no podrán existir jamás las crisis generales de superproducción. Si se produce un abarrotamiento será en ciertas ramas de la industria, en las que los precios tendrán que bajar. Pero si se aumenta la producción en todas las ramas, los productos se cambiarán unos

transformarse en burgués, y cuya naturaleza consistía en fabricar y negociar conforme a la situación de entonces, determinada por la historia" Engels, Duhring.—Ed. Bergua. Pág. 258.

(9) "La Riqueza de las Naciones".—Ed. España Bancaria. Pág. 101.

con otros, o sea los unos proporcionarán salida a los otros. Se trata, pues, de un equilibrio metafísico entre vendedores y compradores. De una supuesta identidad entre la oferta y la demanda.

La teoría de las salidas de Say contradice en cierta forma la tesis de Adam Smith, ya que admite que la oferta de los productos de ciertas industrias puede exceder la demanda de esos productos. En este sentido la teoría de las salidas es el primer desmentido a la idea de la armonía económica pre establecida, y cantada por Bastiat, el de las "Armonías Económicas", por un partidario mismo de la economía ortodoxa.

John Stuart Mill, escribe:

"Los medios de que dispone una persona para pagar las producciones de otras consisten en aquellas que él mismo posee. Todos los vendedores son de manera inevitable y **ex vi termini** compradores. Si pudiéramos duplicar de pronto las fuerzas productivas de un país, duplicaríamos la oferta de mercancías en todos los mercados; pero al mismo tiempo duplicaríamos la capacidad de comprar. Todo el mundo aportaría una doble demanda al mismo tiempo que una doble oferta; todo el mundo podría comprar dos veces más, porque cada uno podría ofrecer a cambio dos veces más (10)."

Respecto a la desocupación, no es una cosa que preocupe a los clásicos, pues ellos parten en su análisis, como ya hemos dicho, del supuesto de un nivel fijo de ocupación de los factores productivos, limitándose a investigar como se distribuyen éstos entre las diversas ramas de la producción, sus respectivas remuneraciones y el valor de los productos.

"Acaso les había parecido demasiado simple y evidente el motivo de la desocupación —dice el profesor Raúl Prebisch resumiendo a Keynes— para que se justificase elaborar una teoría. Si hay desocupados sólo puede deberse a que los trabajadores se rehuyen a aceptar el menor salario que corresponde al descenso de la productividad marginal de su trabajo. La desocupación es, pues, un fenómeno voluntario que se corrige por la baja adecuada de los salarios. Salvo falta de empleo provocada transitoriamente por los ajustes del sistema económico, debido al tiempo que demora el desplazamiento de trabajadores de una actividad a otra.—En consecuencia, si la desocupación se debe a salarios relativamente altos, para aumentar

(10) Principios de Economía Política.—Ed. Fondo de Cultura Económica.—
Págs. 560-61.

el empleo es indispensable rebajar los salarios en dinero hasta que el salario real corresponda a la productividad marginal del trabajo" (11).

Este mundo de equilibrio estático, en que las crisis no son posibles teóricamente o aparecen como simples acaecimientos exteriores y pasajeros, y la desocupación es un fenómeno voluntario que se debe a los salarios altos, constituye el edificio de la economía clásica capitalista, el mismo que a pesar de sus contrastes violentos con una realidad en que la crisis es permanente y la desocupación es el más monstruoso de los fenómenos sociales, continúa siendo apuntalado por los neoclásicos, con Walras y la escuela matemática a la cabeza, y que llegan con Stanley Jevons a la afirmación incalificable de que las crisis son el producto de las manchas del sol. Y a todo esto se lo califica de ciencia.

Un economista de raíz ortodoxa, de severa educación ricardiana, que no es socialista, que es nada menos que un Lord inglés, Lord Keynes, en su libro ya famoso "Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero", nos da la clave de este comportamiento:

• "En la economía ricardiana, que sirve de base a lo que se nos ha enseñado por más de un siglo, es esencial la idea de que podemos desdeñar impunemente la función de demanda global. Es verdad que Malthus se opuso con vehemencia a la doctrina de Ricardo de que era imposible una insuficiencia de la demanda efectiva, pero en vano, porque como no puedo explicar claramente (fuera de una referencia a los hechos observados por todos) cómo y por qué la demanda efectiva podría ser deficiente o excesiva, no logró dar una armazón que la sustituyera y Ricardo conquistó a Inglaterra de una manera tan cabal como la Santa Inquisición a España. Su teoría no fué aceptada sólo por la City, los estadistas y el mundo académico, sino que la controversia se detuvo y el punto de vista contrario desapareció completamente y dejó de estudiarse. El gran enigma de la demanda efectiva, con el que Malthus había luchado, se desvaneció de la literatura económica. Ni una sola vez puede verse mencionado en cualquiera de los trabajos de Marshall, Edgeworth y el profesor Pigous, de cuyas manos ha recibido mayor madurez la teoría clásica. Sólo pudo vivir furtivamente disfrazada, en las regiones del bajo mundo de Carlos Marx, Silvio Gesell y el Mayor Douglas.

Lo cabal de la victoria de los ricardianos tiene algo de curiosidad y de misterio; probablemente se debió a un complejo de conformaciones de la doctrina al medio ambiente en que fué proyectada. Creo que el hecho de haber llegado a conclusiones completamente distintas de las que una persona sin instrucción del tipo medio podría es-

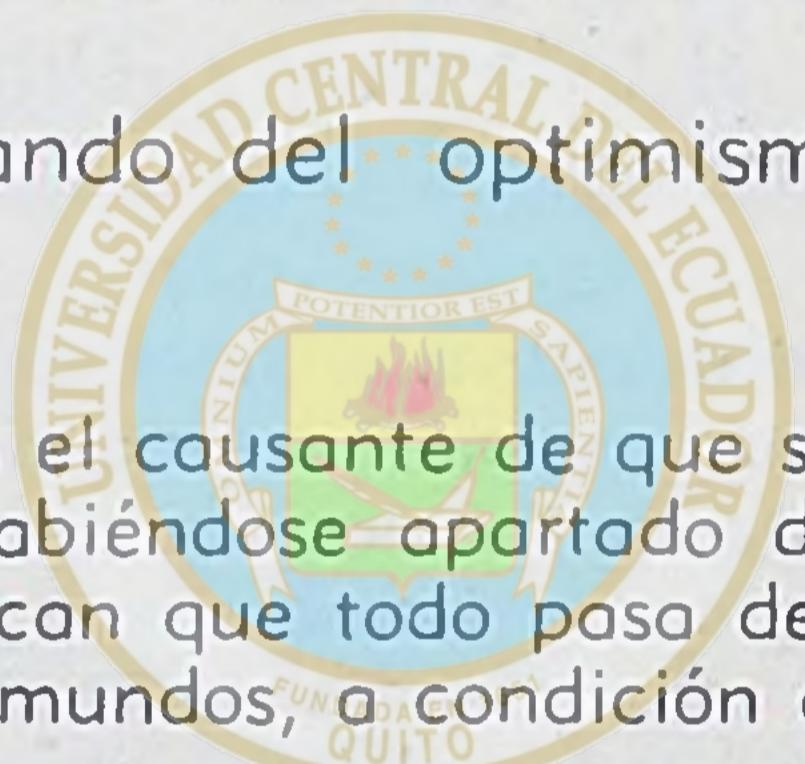
(11) Introducción a Keynes.—Ed. Fondo de Cultura.—Pág. 17 y 20.

perar, contribuyó a su prestigio intelectual. Le dió virtud el hecho de que sus enseñanzas, transportadas a la práctica, eran austeras y a veces intragables; le dió belleza el poderse adaptar a una superestructura lógica consistente; le dió autoridad el hecho de que podía explicar muchas injusticias sociales y cruelezas como un incidente inevitable en la marcha del progreso, y que el intento de cambiar estas cosas tenía, en términos generales, más probabilidades de causar daño que beneficio; y, por fin, el proporcionar cierta justificación a la libertad de acción de los capitalistas individuales, le atrajo el apoyo de la fuerza social dominante que se hallaba tras la autoridad.

Aunque la doctrina en sí ha permanecido al margen de toda duda para los economistas ortodoxos hasta nuestros días, su completo fracaso en lo que atañe a la posibilidad de predicción científica ha dañado enormemente, al través del tiempo, el prestigio de sus defensores; porque, al parecer, después de Malthus los economistas profesionales permanecieron impasibles ante la falta de concordancia entre los resultados de su teoría y los hechos observados —una discrepancia que el hombre común y corriente no había dejado de observar, con el resultado de una creciente renuencia a conceder a los economistas esa manifestación de respeto que tiene con otros grupos científicos cuyas conclusiones teóricas son confirmadas por la observación cuando se aplican a los hechos”.

Después, hablando del optimismo de esta escuela, agrega:

“Tal optimismo es el causante de que se mire a los economistas como Cándidos que, habiéndose apartado de este mundo para cultivar sus jardines predicen que todo pasa del mejor modo en el más perfecto posible de los mundos, a condición de que dejemos las cosas en libertad” (12).



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Y ahora tenemos la razón, dicha, con mucho tiento, por un hombre de perfecta educación clásica, de que continúe subsistiendo una economía abstracta, falsa, sin ningún contacto con la realidad, por “el hecho de que podía explicar muchas injusticias sociales y crueza como un incidente inevitable en la marcha del progreso, y el intento de cambiar estas cosas tenía, en términos generales, más probabilidades de causar daños que beneficio; y, por fin, el proporcionar cierta justificación a la libertad de acción de los capitalistas individuales, le atrajo el apoyo de la fuerza social dominante que se hallaba tras la autoridad”.

Ha sido un Lord inglés, Lord Keynes, el que basán-

(12) “Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero”.—Ed. Fondo de Cultura.—Págs. 43-44.

se, aunque no lo diga ni lo quiera decir claramente, en las críticas científicas que se hallaban "en las regiones del bajo mundo de Carlos Marx", el que ha tenido que desenmascarar una economía que sigue buscando todos los subterfugios casuísticos y los caminos neblinosos en el aire, con el vano intento de justificar, lo que ya no es justificable: la existencia, de un mundo real de explotación y de injusticia, y que ha dado el resultado de esa "creciente renuencia del hombre común a conceder a los economistas esa manifestación de respeto que tiene con otros grupos científicos cuyas conclusiones teóricas son confirmadas por la observación cuando se aplican a los hechos". Y es la causa "de que se mire a los economistas como Cándidos que habiéndose apartado de este mundo para cultivar sus jardines predicen que todo pasa del mejor modo en el más perfecto posible de los mundos, a condición de que dejemos las cosas en libertad".

Mucho se ha escrito para demostrar la falsedad de este equilibrio de regulador automático que descansa sobre una competencia cada vez más entrabada por el monopolio; (13) de una movilidad del trabajo y el capital que llega a funcionar a muy largos plazos, con la consiguiente destrucción de riqueza; de un mecanismo de precios continuamente dislocado; de un interés individual en continua pugna con el interés social de una ocupación plena negada por la crisis y la desocupación.

ÁREA HISTÓRICA

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

No es necesario realizar un análisis estrictamente técnico, que por lo demás resultaría fatigoso y difícil en una conferencia que no está destinada a economistas, sino a todos aquellos que sin el tiempo necesario para abordar estos problemas, desean tener un conjunto de ideas generales para la acertada comprensión del mundo o mejor de los mundos económicos en que vivimos, para darse cuenta de que los supuestos orden natural y equilibrio capitalista, son un desorden y un desequilibrio continuo y permanente. Basta abrir los ojos y posarlos sobre el panorama de la vida económica contemporánea, para ver cómo las crisis generales de superproducción y la desocupación que alcanza a muchos millones de hombres, las luchas de los grandes trusts

(13) Basta recordar las teorías sobre la competencia imperfecta o competencia de monopolio de la Sra. Robinson, Chamberlin y otros.

Contra Duhring.—Ed. Frente de Cultura.—Pág. 256.—Ed. Bergua.—Pág. 400.

internacionales y las guerras, nos están diciendo, aunque no seamos economistas (y hay muchos que alardean de serlo y no lo son) que el sistema actual capitalista, minado por sus hondas contradicciones, no tiene nada de aquellas falsas abstracciones de "equilibrios interesados", que se han construido con el sólo afán de defender y perpetuar un sistema que significa el mantenimiento de sus altas posiciones y privilegios.

Desde 1825 las crisis se han venido repitiendo con la constancia de una dama que concurre a una cita: 1836, 1847, 1857, 1866, 1873, 1882-84, 1890-93, 1900, 1907, 1913, 1920, 1929 que aún nos alcanza, mientras se cierne aún otra más terrible en el horizonte. Hay que anotar que desde 1847, las crisis abarcan no sólo a un país sino a todos los países donde el capitalismo estaba desarrollado.

Ya decía Engels:

"En efecto, desde 1825, año en que estalla la primera crisis general, apenas pasan diez años seguidos sin que todo el mundo industrial y comercial, la producción y el intercambio de todos los pueblos civilizados y de su séquito de países más o menos bárbaros se salga de quicio. El comercio se paraliza, los mercados están sobresaturados de mercancías, los productos se estancan en los almacenes, sin encontrar salida; el dinero contante se hace invisible, el crédito desaparece, las fábricas se cierran, las masas carecen de medios de vida. Y todo son quiebras, embargos y liquidaciones. La paralización dura años enteros, las fuerzas productivas y los productos se derrochan y destruyen en masa, hasta que por fin, a fuerza de depreciarse, las masas de mercancías encuentran una salida y la producción y el intercambio van reanimándose poco a poco. Paulatinamente, la marcha se acelera, el paso de andadura se convierte en trote, y el trote industrial en galope, y, por último, en una carrera desenfrenada, en una vertiginosa y desbocada carrera industrial, comercial, bancaria y especulativa, para terminar, por último, después de los saltos más arriesgados... en la fosa de un nuevo crack".

¿Qué es lo que acontece en cada crisis? No es que se ha producido demasiado con relación a las necesidades de la sociedad, puesto que la mayoría de los hombres continúa muriéndose de hambre, sino con relación a lo que puede venderse para obtener una ganancia; se ha producido demasiado con relación a la capacidad adquisitiva de las masas a las que no se dan los medios necesarios para comprar las mercancías producidas.

Es digno de recordar aquel diálogo que trae Rochester en su obra "El Trabajo y el Capital":

"El hijo de un minero preguntó a su madre: por qué no enciendes el fuego? hace tanto frío.... Porque no tenemos carbón; tu padre está sin trabajo y no tenemos dinero para comprarlo. Pero madre, por qué está sin trabajo? Porque hay demasiado carbón".

Y entonces, frente a cada crisis, nos encontramos con el tremendo espectáculo, verdaderamente dantesco, de ver, por una parte, una cantidad inmensa de fuerzas productivas y medios de producción, fábricas y maquinarias, medios de transporte, paralizados; materias primas amontonadas; y por otra, millones de hombres sin trabajo y que se mueren de hambre sin poder trabajar con esos medios de producción, porque se ha producido demasiado. Sobran medios de producción y sobran hombres, pero entre los unos y los otros se interpone el capital que impide su conjunción.

Y no sólo esto, sino que para restablecer el magnífico equilibrio (acordémonos de los clásicos) es necesario destruir una inmensa cantidad de productos. Se quema el trigo en Argentina, el café en el Brasil, se derrama vino en Mendoza, se destruye el ganado en los Estados Unidos. En este último país, ante la superproducción de patatas, el Estado las adquiere de los propietarios rurales para luego destruirlas con aplanadoras, a fin de mantener los precios. Este hecho comparado con la miseria y la desnudez de Harlem, el barrio negro de Nueva York, y otros barrios bajos, entre ellos los latinoamericanos, da una idea de lo que significa aquella destrucción de productos.

"Cada crisis, dice Marx, destruye regularmente no sólo una masa de productos ya creados, sino, todavía más, una parte de las mismas fuerzas productivas. Una epidemia que en cualquier otra época hubiera parecido una paradoja, se extiende sobre la sociedad: la epidemia de la superproducción. La sociedad se encuentra súbitamente rechazada a un estado de barbarie momentáneamente; diríase que un hambre, una guerra de exterminio la priva de todos los medios de subsistencia; la industria y el comercio parecen aniquilados. Y por qué? Porque la sociedad tiene demasiada civilización, demasiados medios de subsistencia, demasiada industria, demasiado comercio" (14).

En un estudio sobre las contradicciones capitalistas, he dicho cómo este espectáculo que ha de horrorizar a las ge-

neraciones venideras, por su monstruosidad salvaje, producto de una refinada civilización, debería ser suficiente para condenar un régimen que es capaz de producir tales consecuencias.

Las crisis no son el producto de las manchas del sol (Stanley Jevons); ni la escasez de capitales y medios de ahorro (Cassel), puesto que hay una absoluta abundancia de capitales; ni la desproporcionalidad entre las diferentes ramas de la producción y más teorías apologéticas, que en el fondo persiguen aducir las crisis a todo, menos al funcionamiento del sistema que quieren defender y conservar.

Sin tratar ni siquiera de resumir el análisis de las crisis elaborado por Marx, que llena cientos de páginas de "El Capital" y ocupa principalmente el Capítulo IV del Tomo II de la "Historia Crítica de la Teoría de la Plusvalía", podemos afirmar que este flagelo es un producto propio del modo de producción capitalista, que lo lleva en sus entrañas, y, por lo mismo, reside en él y no fuera de él. Las crisis son el producto de la contradicción fundamental entre el modo de producción, que ha devenido social, mientras el modo de apropiación continúa siendo individual.

Sabemos que el fin primordial y único de la producción capitalista es la obtención de la ganancia, el lucro. El lucro es el norte y guía de la producción. No importa lo que se produzca, lo esencial es la plusvalía que se obtenga. No se piensa en las necesidades de la sociedad, sino en lo que pueda venderse en el mercado. De ahí que mientras se necesita más carne, leche, vestidos, para el consumo de la mayoría, se produzcan sedas costosas, joyas, champañas y otras lujosas tonterías que sólo los ricos pueden pagar. Y no sólo esto, sino que se llegará a producir lo que los pobres no puedan comprar, los ricos no necesitan o no quieren, y, por lo mismo, hay que destruir. Se ve que el regulador automático funciona, pero cómo funciona!

Así, pues, con el fin de obtener un mejor beneficio o mayor plusvalía, (15) el capitalista desarrolla las fuerzas productivas, amplía la producción, perfecciona los procesos

(15) No es que usemos las palabras ganancia y beneficio como sinónimos de plusvalía. Aquellas se emplean en la Economía clásica para indicar el ingreso del capital. La palabra plusvalía fue acuñada por Marx para expresar todos los ingresos (beneficio del industrial, del comerciante, el interés y la renta territorial), que proviene de una fuente común: el trabajo no pagado.

técnicos. Con la conversión de la plusvalía en capital, se tendrá un capital superior que dará una mayor plusvalía. Se produce así la acumulación del capital. Mientras mayor es la acumulación, mayor es la plusvalía; mientras mayor es la plusvalía, mayor es la acumulación. La acumulación trae la concentración o sea el control de más capital, lo que hace posible una producción acrecentada.

Además, esta actividad productiva se halla acicateada por la competencia con los empresarios rivales y la tendencia a disminuir la cuota media de beneficio, peculiar del sistema capitalista. En esta guerra a muerte de la competencia (supervivencia animal elevada a la categoría de supremo reguladora del sistema), desaparecen los débiles tragados por los fuertes (selección natural), con lo que se produce la centralización del capital, que engendrará los truts y el monopolio, la guerra por los mercados y la anarquía.

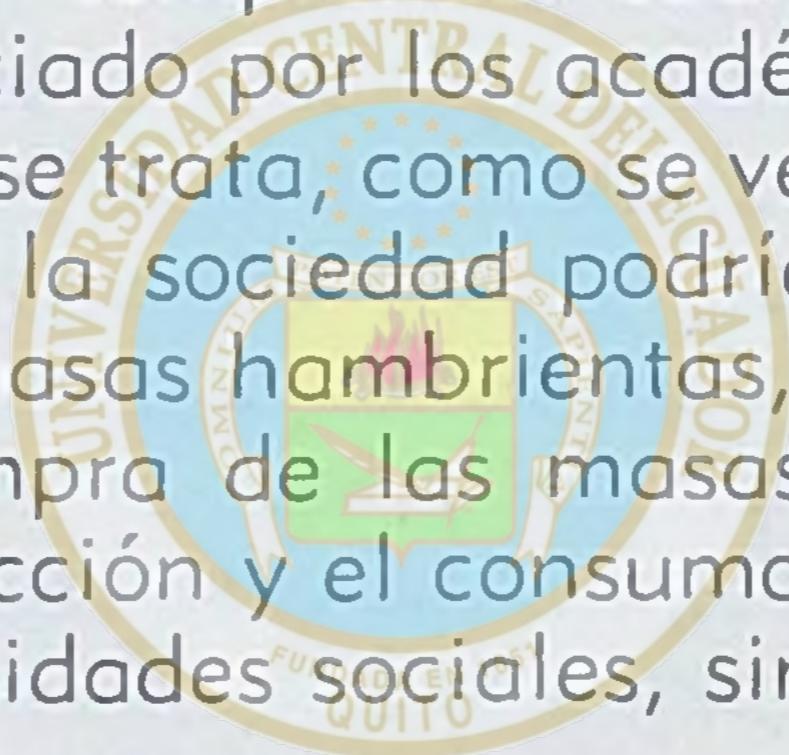
Por otra parte, para incrementar sus ganancias, el lucro, o sea obtener una mayor plusvalía, se acentúa la explotación de la clase trabajadora, intensificando su trabajo o disminuyendo su salario. Y esto que significa, como hemos visto, el aumento de la producción, por un lado, significa también una disminución del poder de compra de las masas, por otro; una restricción que restringe a su vez, la posibilidad de venta de las mercancías. Así, las grandes masas consumidoras que no constituyen mercado para los medios de producción que aumentan ^{CONTINUAMENTE} ~~CONTINUAMENTE~~, tampoco pueden adquirir los medios de consumo que necesitan para subsistir. De ahí que mientras crece la producción desenfrenada, disminuye la capacidad consuntiva de las masas trabajadoras, estableciéndose una rotura cada vez mayor entre la producción y el consumo, lo que crea las condiciones para las crisis inevitables.

"Para que una empresa pueda obtener ganancias deben venderse los artículos producidos por ella, debe encontrarse un comprador. Pero como los compradores de estas mercancías deben ser la gran masa de la población ya que estas enormes empresas producen grandes cantidades de mercancías. Y como las nueve décimas partes de la población de todos los países capitalistas son pobres, puesto que son obreros que reciben salarios miserables y campesinos, que, en su mayor parte, viven aún en peores condiciones que los obreros; entonces, durante el período de bonanza, las grandes empresas industriales se esfuerzan para producir tan gran cantidad de artículos como sea posible, arrojan sobre el mercado tan enorme cúmulo de estos artículos, que la mayoría del pueblo, siendo pobre, está incapacitado para com-

parlos todos. El número de maquinaria, herramientas, almacenes, ferrocarriles, etc. continúa creciendo. No obstante, de tiempo en tiempo, se interrumpe este proceso de crecimiento porque las masas populares para quienes, en último término, se destinaba la mejora de los instrumentos de producción, están en la pobreza, la cual raya en la mendicidad" (16).

Algo de esto podemos ver prácticamente en nuestra economía ecuatoriana, cuando se habla de la superproducción del trigo, mientras la mayoría del pueblo carece de pan. No es que el trigo sobre después de haber satisfecho las necesidades de los ecuatorianos, sino que el pueblo no puede adquirir el trigo ni el pan en el mercado, porque carece de medios para ello. No faltaría sino que se ordene destruirlo. No es que haya fallado la teoría de producir más, como dijera un ilustre catedrático de la Universidad, sino que se trate de una contradicción fundamental del sistema capitalista, que sólo se puede comprender cuando se ha estudiado a Marx, tan despreciado por los académicos.

En las crisis, se trata, como se ve, no de un excedente en relación a lo que la sociedad podría consumir, puesto que existen grandes masas hambrientas, sino en relación con la capacidad de compra de las masas, disminuida continuamente. La producción y el consumo no se realizan en relación con las necesidades ^{reales} sociales, sino con el poder de compra.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

"En el régimen capitalista, efectivamente, la producción es hecha para responder no a las necesidades de los seres humanos, sino a las necesidades del mercado. El beneficio ignora el hombre. No conoce más que el cliente. El que no tiene dinero no tiene existencia económica" (17).

En lo fundamental, encontramos que el capitalismo ha desarrollado la forma social de la producción en el sentido de que muchos procesos fragmentarios los ha fundido en un todo: ha socializado el trabajo fusionando las labores de los obreros individuales en el impulso unánime de grandes masas de trabajadores que actúan colectivamente. Pero al mismo tiempo, el producto de este trabajo social de muchos mi-

(16) Lenin—Obras escogidas—Fondo de Cultura Popular. México D. F.

(17) Henry Claud.—"De la Guerra económica a la Guerra mundial.—Ed. América".—Pág. 27.

les y millones de obreros, continúa siendo apropiado en forma privada e individual por el grupo de capitalistas, dueños de los medios de producción y a cuya merced continúa la industria. Mientras la producción ha adquirido un carácter social, la apropiación de los productos sociales, continúa siendo individual. La anarquía de la producción y la pobreza de la clase obrera, es, pues, el resultado de la contradicción entre el carácter social de la producción y el modo capitalista de apropiación, determinado por la propiedad privada de los medios de producción.

"De este modo se confunde toda la producción en un proceso de producción social, al mismo tiempo que cada empresa es administrada por un capitalista separadamente; quien, con sus decisiones arbitrarias, hace de los productos sociales su propiedad privada. No es claro entonces que esta forma de producción constituye una contradicción irreconciliable con la forma de apropiación?— Las quiebras gigantescas se hacen posibles e inevitables, únicamente porque las poderosas fuerzas productivas sociales han sido subordinadas a una banda de hombres ricos, cuya única ocupación es obtener ganancia" (18).

Si así como la producción es social fuera también la apropiación; si se produjera no con el fin de obtener un lucro, sino de satisfacer las necesidades de todos los miembros de la sociedad, cuya capacidad consumidora sería difícil de llenar, no existirían jamás las crisis de superproducción.

La crisis nos están diciendo que dado el desarrollo que han alcanzado las fuerzas productivas, se puede producir incalculablemente una mayor cantidad de productos para satisfacer las necesidades sociales (que maravillas nos traerá la bomba atómica aplicada a la agricultura e industria, y que hoy tiene que ser destinada a matar hombres), si los medios de producción, tierras, fábricas, materias primas, etc., no estuvieran en las manos privadas de un grupo de individuos que extraen sus utilidades de la explotación y miseria del pueblo trabajador, sino en las de la sociedad que ha de emplearlos en la satisfacción de todas las necesidades en general. La crisis nos está diciendo que la miseria actual es innecesaria, que es una creación artificial del sistema capitalista, por lo cual resulta más cruel e irritante.

Como la crisis de superproducción, la desocupación es

(18) Lenin.—Obras citadas.

otra consecuencia fatal del sistema capitalista. Y no sólo la desocupación causada por esas crisis generales que ponen en la calle a millones de trabajadores, sino la desocupación en los períodos de relativa normalidad del sistema.

Hemos visto cómo el capital se desarrolla, es decir se acumula, concentra y centraliza. La concentración y centralización del capital trae un doble juego angustioso para la clase obrera: mientras por una parte, debido a la competencia ruinosa entre la pequeña y grande producción, grandes masas de artesanos y pequeños productores que han perdido sus medios de producción y se han pauperizado, pasan a las filas proletarias y buscan trabajo en las grandes fábricas, proveyendo así, con exceso, la demanda de mano de obra que reclama la concentración y centralización capitalista; por otra parte, el desarrollo técnico, mayor mecanización y perfeccionamiento de las máquinas, indispensable en esa lucha a muerte del mercado, no sólo disminuye el número de obreros necesarios para el trabajo, sino que, además, hace posible el empleo de mujeres y niños, a quienes se paga ínfimos salarios, todo lo cual determina que se arroje a la calle millares de trabajadores, constituyendo aquello que llamaría Engels "el ejército industrial de reserva", que sigue al capital como la sombra al cuerpo.

De manera que mientras por un lado se efectúa un desarrollo de las fuerzas productivas con el perfeccionamiento técnico maquinístico, por otro lado se desperdician y destruyen esas mismas fuerzas productivas, al arrojar a miles de hombres al desempleo y la miseria. Así, las máquinas que debían ser instrumentos de liberación del hombre, se transforman en órganos de esclavitud y miseria. Esa ha sido la causa de que los obreros se volvieran algunas veces contra ellas; pero muy pronto reconocieron que no son las máquinas las culpables, sino el uso que se hace de ellas dentro del sistema capitalista. Vemos, pues, que mientras la riqueza crece y se concentra en pocas manos, la pobreza se extiende entre masas inmensas del pueblo trabajador, todo lo cual constituye una doble e incurable contradicción.

El "ejército industrial de reserva", masas en desocupación, que sirven al desarrollo del capital en un momento dado y son desplazadas en otro, es indispensable a la existencia y funcionamiento del capitalismo; consubstancial con él. Por lo mismo, tratar de suprimir la desocupación sin destruir el sistema del cual forma parte integrante, es una lo-

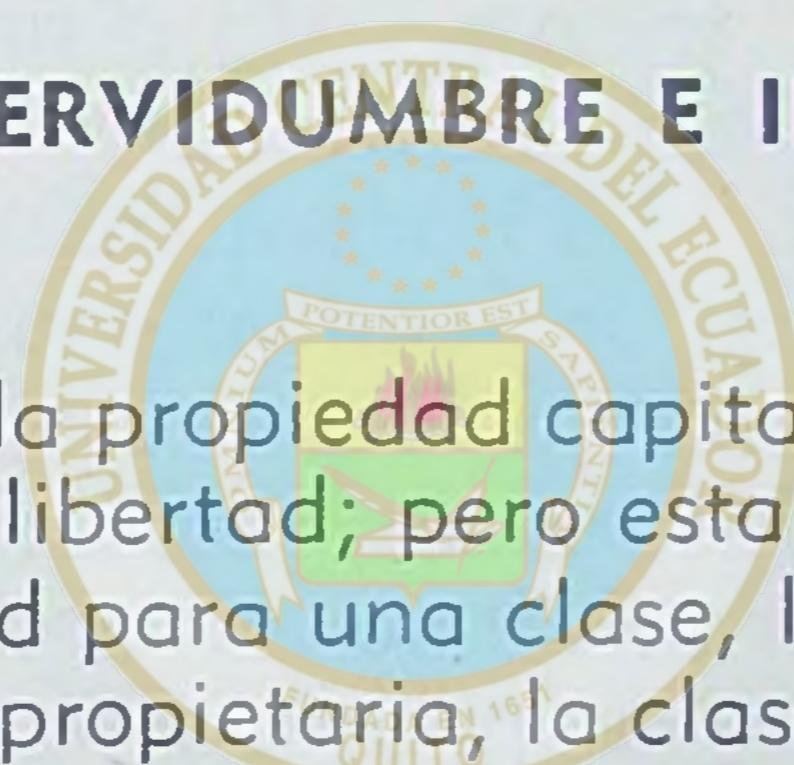
cura, como tratar de suprimir las olas manteniendo el mar.

Naturalmente, esa masa desocupada le servirá al capitalista también para deprimir los salarios cada vez más, debido a la competencia entre los obreros, para ahogar las huelgas, destruir la organización sindical, etc.

He aquí, pues, que la desocupación, juzgada por los clásicos y neoclásicos, como un fenómeno voluntario, debido a la resistencia de los obreros a recibir salarios más bajos, se nos presenta como algo fatal dentro del sistema, que no puede vivir sin engendrar dicha desocupación, porque es alma de su alma.

C

LA MISERIA, SERVIDUMBRE E INSEGURIDAD



Sobre la base de la propiedad capitalista y para su ejercicio, se estableció la libertad; pero esta libertad constituía, en realidad, la libertad para una clase, la clase propietaria. Mas, para la clase no propietaria, la clase trabajadora, esa libertad se transformó en servidumbre. Despojado de sus medios de producción, el trabajador quedó sometido, esclavizado al capital, que se eleva a la categoría despótica de amo y señor. Destruídas las limitaciones feudales que significaban control y cierta protección al trabajador, la fuerza de trabajo de éste pasa a ser una mercancía sujeta a los caprichos azarosos de un mercado autorregulador que también lo esclaviza. Y no solo esto, sino que aún el capitalista que se cree libre, en realidad es también un esclavo de las leyes económicas que le imponen el poder azaroso de su actividad estranguladora. En este sentido, me parece correcto sostener que no ha existido jamás el capitalismo liberal, puesto que la libertad de las fuerzas económicas, es una libertad para las cosas y no para las personas.

"Toda sociedad basada en la producción de mercancías tiene como rasgo peculiar que los productores han perdido el dominio de sus propias relaciones sociales. Cada uno produce por su cuenta con instrumentos de producción que posee por casualidad y pensando en sus necesidades individuales de cambio. Nadie conoce la cantidad

de artículos suyos que irán al mercado, ni siquiera de manera general la necesidad que hay de tales artículos. Nadie sabe si su producto satisfará una necesidad verdadera, si cubrirá los gastos efectuados, ni siquiera si podrá venderlos. Es la anarquía de la producción social lo que domina. Pero la producción de mercancías, lo mismo que las demás formas de producción, tiene sus leyes propias, inmanentes, inseparables de élla; leyes que se cumplen pese a la anarquía, en ella y por ella. Estas leyes se manifiestan en la forma única permanente de la solidaridad social, en el cambio, manifestándose con el productor aislado como leyes coercitivas de la concurrencia. Son, por lo tanto desconocidas al propio productor, que necesita descubrirlas paulatinamente tras largas experiencias. Producen sus efectos, por consecuencia, sin los productores y contra éstos, como leyes naturales de la forma de producción, como leyes naturales ciegas en su acción. El producto domina a los productores" (19).

Así no sólo el trabajador, sino aún el señor propietario que se cree libre y lo pregoná, sufre la servidumbre de un mercado cuyas leyes no avanza a comprender y que lo dominan y subyugan. Hemos visto cómo funciona el regulador automático y cómo se conduce. Funciona pero lo hace endiabladamente. Lo hace a manera de un terremoto, en el que para obtener un relativo equilibrio, tienen que caerse las casas y aplastar a la gente. No sólo que dificulta el empleo de todos los recursos productivos de una nación, sino que significa un continuo e innecesario derroche de riqueza, frente a la miseria creciente también innecesaria. Aquí el hombre aparece dominado por el azar, sometido a las ciegas leyes del mercado, caminando a tientas, con los ojos vendados. Está frente a las leyes sociales como el hombre primitivo frente al rayo que lo paraliza y destruye. Impotente para dominarlas, aplastado por ellas, las teme y venera, elevándolas a la categoría de dioses que desde arriba imponen su divina voluntad total: "laissez faire, laissez passer" "dejar hacer", "dejar pasar". "Que el mundo camine por sí mismo".

Y esto se vuelve tanto más absurdo si consideramos que el mismo empresario capitalista, que ha establecido en su fábrica el más severo control y ordenación, o sea la racionalización en el más alto grado, se abandona, sin embargo, a la imprevisión y al azar, al mecanismo de lo irracional, cuando se trata de la producción considerada como un conjunto, de la producción social, que continúa entregada a la anarquía.

(19) Engels—Contra Duhring.—Págs. 395-96.

Y no se nos hable de la espontaneidad y la naturaleza eterna de estas leyes en un sistema eterno, porque la Historia nos enseña, en largas páginas sombrías, cuánta violencia y sangre se necesitaron para desencadenar sobre la tierra el gran demonio del automatismo "laissez-feriano", que no es otra cosa que la implantación del sistema de explotación capitalista, y que el profesor Polanyi considera como contrario a la naturaleza de la sociedad, en su libro tan sugestivo "La Gran Transformación".

Este abandono a las leyes ciegas que nos hace caminar a tientas, trae la inseguridad permanente, que pende a toda hora sobre nuestras cabezas como una espada de Damocles. No sólo es la miseria actual la que nos aplasta y amarga la vida, sino el temor de la miseria, a perder el trabajo, que es el más grande suplicio que pueda imaginarse. Ni el empalamiento es igual, porque este temor es un empalamiento de todos los días.

En verdad, ¿puede haber algo peor que pensar continuamente que quizás mañana mismo no tendremos con qué alimentarnos y alimentar a nuestros hijos? ¿Se puede calcular la inmensidad del sufrimiento humano que sólo esta incertidumbre del mañana ha volcado sobre las almas de los hombres? ¿Se puede describir la amargura permanente que corroe y envenena nuestra sangre, ante la posibilidad de cada instante de quedarnos sin trabajo? ¿Y qué decir de aquellos jóvenes, pletóricos de vida y de capacidad, que no pueden trabajar y que no llegarán quizás nunca a trabajar aunque se desesperen por ello? Y esta incertidumbre angustiosa y agotadora no sólo encoge el alma de los pobres con su realidad diaria, sino que debe golpear también la puerta de los ricos como una posibilidad inquietante. ¿No será que mucho de su ambición insaciable de lucro y dureza para explotar a los demás, vienen de aquel temor? ¿Es que en la anarquía de la producción capitalista, cernida de golpes ciegos, de tremendas contradicciones, de crisis, de quiebras, de guerras, etc., hay alguien que se sienta completamente seguro? ¿qué decir de un régimen que no garantiza ni siquiera la absoluta seguridad de sus usufructuarios?

SEGUNDA PARTE

ECONOMIA PLANIFICADA SOCIALISTA

Frente al régimen capitalista, cuyas características fundamentales hemos esbozado, se levanta el sistema de producción planificada socialista con sus principios básicos:

A.—La propiedad colectiva, social, de los medios de producción, como base de una sociedad sin explotación y sin clases sociales.

B.—La Producción planificada con fines de uso y de consumo. La racionalización plena y el dominio del hombre sobre la economía.

C.—La supresión de la miseria. Libertad y seguridad.

A

LA PROPIEDAD COLECTIVA, SOCIAL, DE LOS MEDIOS DE PRODUCCION COMO BASE DE UNA SOCIEDAD SIN EXPLOTACION Y SIN CLASES SOCIALES

Ya conocemos cómo la propiedad capitalista viene al mundo chorreando sangre y lodo por todos los poros de los pies a la cabeza. Cómo el capitalista expropia la propie-

dad privada del trabajador, basada en su trabajo personal, y luego de separar los medios de trabajo del trabajo, los convierte en capital o sea los utiliza para extraer plusvalía de la clase que carece de esos medios, con lo que la sociedad se divide en dos clases antagónicas: capitalistas y proletarios. Sabemos también que, a su vez, debido a las leyes inmanentes de la competencia, los capitalistas que acumulan mayor plusvalía, destruyen a los pequeños, a los débiles, que son expropiados por los fuertes, determinando una concentración y centralización de capitales. Y sobre todo estamos enterados de que en este proceso, la producción adquiere un carácter colectivo, social, que choca y produce una contradicción permanente con el modo de apropiación o propiedad capitalista, individual, lo que engendra las crisis, la desocupación, la guerra, la miseria y la muerte.

De lo expuesto se desprende con toda claridad, que para resolver esta contradicción y sus inhumanas consecuencias, se hace necesario, que al modo social que ha adoptado la producción, corresponda un modo de apropiación también social, o sea que es indispensable la socialización de los medios de producción, lo que arrancará a las fuerzas productoras del grillete capitalista, para desarrollarlas plenamente en beneficio de la sociedad.

"El monopolio del capital se convierte en grillete del régimen de la producción que ha florecido con él y bajo él, dice Marx. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que son incompatibles con su envoltura capitalista. Esta salta hecha añicos. **Le llega la hora a la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados.**

El sistema de apropiación capitalista que brota del régimen capitalista de producción, y por tanto la **propiedad privada capitalista, es la primera negación de la propiedad privada individual, basada en el propio trabajo.** Pero la producción capitalista engendra, con la fuerza inexorable de un proceso natural, su primera negación. **Es la negación de la negación.** Esta no restaura la propiedad privada ya destruida, sino una **propiedad individual** que recoge los progresos de la era capitalista: una propiedad individual basada en la **cooperación y en la posesión colectiva de la tierra y de los medios de producción producidos por el propio trabajo.**

La transformación de la propiedad privada dispersa basada en el trabajo personal del individuo en la propiedad privada **capitalista,** fué naturalmente, un proceso muchísimo más lento, más duro y más difícil, que será la transformación de la propiedad capitalista, que en realidad descansa ya sobre métodos sociales de producción, en propiedad social. Allí se trataba de la expropiación de la masa del pueblo

por unos cuantos usurpadores; aquí de la expropiación de unos cuantos usurpadores por la masa del pueblo" (20).

Así como la propiedad privada de los medios de producción es la base fundamental del capitalismo, la propiedad social, colectiva, es la base del socialismo; su razón de ser y punto de partida. Sólo la supresión de la propiedad privada de los medios de producción y cambio, hace posible la supresión definitiva de la explotación del hombre por el hombre, de las clases sociales, del dolor, de la miseria y la injusticia. Hoy, al nacer, muchos hombres vienen al mundo trayendo en las manos una propiedad que no les ha costado ningún esfuerzo, y que los habilita para hacer trabajar en su provecho a otros hombres que no la tienen. En el régimen socialista, todos los hombres al nacer son propietarios de este acervo colectivo, de esta propiedad social que es el producto de la colectividad y que constituye sus propios medios de trabajo. Nacerá propietario y a su vez trabajador. El divorcio entre los medios de producción y el trabajo, que fuera creado por el capitalismo dejará de existir, volviéndose a la conjunción completa en el seno de la sociedad. Nadie podrá pensar en explotar a los demás, porque habrán desaparecido las condiciones para hacerlo, puesto que nadie podrá llegar a ser propietario individual de los medios de producción, y los ingresos que se obtengan no pueden ser sino producto del trabajo, y sólo del trabajo de cada uno, de acuerdo con la cantidad y calidad del mismo. El que no trabaja no come (21).

Por lo mismo, hay que desterrar para siempre aquel concepto absurdo de que el socialismo es apoderarse de la casa o terreno vecino para disfrutarlos en vez de su anterior propietario, cosa que se hace todos los días dentro del sistema capitalista; o que se trata de despojar a los ricos de sus bienes para darlos a los pobres, de manera que éstos reemplacen a aquellos, o cosas parecidas. En el socialismo, los medios de producción que hoy pertenecen a A o B y que les permite explotar a C o D, serán propiedad de la colectividad, pero de nadie individualmente. No hay, pues, que ser socialis-

(20) *El Capital*.—Págs. 853-54.

(21) Naturalmente la sentencia se refiere a los que están en capacidad de trabajar. Los niños, los ancianos y en general los incapacitados serán mantenidos por la colectividad.

ta con la tonta esperanza de desplazar al rico para sentarse en su puesto y continuar explotando al proletario, sino porque con el socialismo se suprimen los ricos y los pobres, fundiéndose en una sociedad homogénea, sin clases, en la que todos trabajen, de acuerdo con un plan científico y en la que nadie explote a nadie.

No se trata tampoco de la supresión de toda propiedad, sino de aquella que da el poder de explotación. En el régimen socialista no es posible la propiedad privada de los medios de producción; pero en cambio se amplía, crece y llega a todos la propiedad de los bienes de consumo. Es paradójico, como anota John Strachey, que mientras en el régimen capitalista, campeón de la propiedad, se ha reducido el número de los que la tienen, en el socialismo la propiedad llega a todos en medios de consumo; pues el ideal socialista es el de que todos y cada uno disfruten de la mayor comodidad, de manera que el desarrollo de las fuerzas productivas llegue a permitir que cada hombre tenga su casa de habitación, su automóvil, si es posible, y más comodidades materiales y goces intelectuales que eleven y completen su personalidad. Pero ya no podrá tener una fábrica de automóviles. En otros términos, se suprime la propiedad que hace posible la explotación de unos hombres por otros, pero se mantiene y amplía aquella que es producto del trabajo y destinada al bienestar personal. Y si la propiedad es la libertad, como acostumbran a decirnos, entonces el socialismo, al querer la propiedad no para unos pocos sino para todos, quiere también para todos la libertad. No es, entonces, el socialismo la reducción del rico a pobre, sino la creación de un elevado standard de vida para todos los componentes de la sociedad.

“¡Estáis sobrecogidos de horror porque queremos abolir la propiedad privada!, dicen Marx y Engels. Pero en vuestra sociedad la propiedad privada está abolida para las nueve décimas partes de sus miembros. Precisamente porque no existe para esas nueve décimas partes existe para vosotros. Nos reprocháis, pues, el querer abolir una forma de propiedad que no puede existir sino a condición de que la inmensa mayoría sea privada de toda propiedad”.

Y luego refiriéndose a la propiedad basada en el trabajo personal, agregan:

“No queremos de ninguna manera abolir esta apropiación personal de los productos del trabajo, indispensable a la conservación

y a la reproducción de la vida humana: esta apropiación no deja ningún beneficio líquido que confiera poder sobre el trabajo de otro. Lo que queremos es suprimir este triste modo de apropiación, que hace que el obrero no viva sino para acrecentar el capital y no viva sino en tanto lo exigen los intereses de la clase dominante" (22).

Como se ve, no se trata de la abolición de la propiedad en general, sino de la propiedad capitalista, causa de toda explotación. La propiedad basada en el trabajo personal es respetada e incrementada. La propiedad basada en el trabajo ajeno es condenada y suprimida. Esto es justo e irrefutable. ¿Quiénes, son pues, los que defienden la propiedad sobre lo ajeno? No los que viven naturalmente de su trabajo, sino del trabajo de los demás.

LA PRODUCCION PLANIFICADA CON FINES DE USO Y DE CONSUMO.—LA RACIONALIZACION PLENA Y EL DOMINIO DEL HOMBRE SOBRE LA ECONOMIA

En contraste con el modo de producción automático e irracional del "laissez faire", tenemos el sistema de producción socialista planificado con fines de uso, en el que no se produce para obtener beneficios o ganancias individuales, para lucrar, sino para satisfacer las necesidades de todos los miembros de la sociedad y en la que las decisiones no están abandonadas al azar de un automatismo inconsciente, sino que son el producto de la deliberación inteligente de un organismo central, plenamente informado de las condiciones económicas en que actúa. Los beneficios ya no existen como categoría económica y como el motivo que domina las decisiones respecto a las inversiones productivas. Las denominadas "decisiones de empresarios", que en el sistema capitalista son el producto de miles de unidades económicas autónomas, guiadas por el impulso del mayor beneficio en el mercado, aquí son verificadas y controladas por el plan económico.

(22) Manifiesto Comunista.—Págs. 94-95.

Aquí, las decisiones sobre la cantidad y calidad de las inversiones en la producción, están determinadas de antemano en el programa productivo, o sea que los lazos entre las diferentes partes del sistema son lazos directos, apriori y no lazos moldeados a posteriori, logrados a través de los precios del mercado y basados en el lucro de los empresarios. Ya no es el lucro caminando a tientas tras de la ciega ley de la oferta y la demanda, ni la anarquía destructora, sino la ordenación prevista del hombre, la voluntad dirigida hacia un fin, que se expresa en un plan maduramente trazado, de acuerdo con los recursos económicos de que se disponga, por una parte, y de las necesidades que se trate de satisfacer, por otra.

"La diferencia entre socialismo y capitalismo y, especialmente, la significación decisiva de una economía planeada, consiste en la unificación de todas las decisiones fundamentales que rigen la inversión y la producción, por oposición a la otra caracterizada por la atomización de sus decisiones. La diferencia consiste en que en una se puede calcular los acontecimientos y en la otra no, independientemente de la diferencia que existe en la forma que tienden a adoptar esos acontecimientos". (23).

Sin intentar una exposición completa ni mucho menos, dada la extensión de este esquema, señalaremos algunos aspectos fundamentales de la planeación socialista. En primer término, tenemos que pensar en un organismo central (en Rusia se denomina "gosplan" o Comisión del Plan del Estado), altamente técnico, equipado con el servicio estadístico más completo que pueda imaginarse, de manera que se conozca lo más exactamente posible la cantidad de recursos productivos, así como el número y más características de los miembros de la sociedad y sus necesidades. Acerca de este punto, la determinación de las necesidades, han especulado ampulosamente los enemigos de la planificación, afirmando que es imposible precisarlas para cada individuo, porque los tipos psicológicos son distintos. Pero no se trata de esto, sino sencillamente de saber qué es lo que requieren fundamentalmente los hombres para vivir (alimento, vestido, habitación, etc.), cosa que no constituye un

(23) Mauricio Dobb.—Economía y Capitalismo.—Ed. Fondo de Cultura.—
Pág. 262.

problema, ya que son necesidades sentidas por todos. Luego de que la colectividad haya satisfecho estas necesidades vitales, o sea cuando todos viven como corresponde a un ser humano, se aplicarán los medios productivos a la satisfacción de las necesidades de otra clase, en el orden de su importancia para la vida de la sociedad. Es claro que quizás no lleguen a producirse las lujosas tonterías que hoy constituyen el orgullo de unos pocos; pero esto en vez de ser un motivo de crítica, lo es de elogio a la bondad del sistema.

Ahora bien, sabemos que los bienes que satisfacen las necesidades de los hombres son de dos clases: los de consumo, o sea que utilizamos directamente, como el pan, los zapatos, el vestido, etc. y aquellos otros bienes que sirven para fabricar los de consumo y que se denominan medios de producción, como el horno, la harina y más utensilios que empleamos para hacer el pan, o las máquinas, edificios, materias primas, etc., para hacer los zapatos o el vestido. Por lo mismo, la primera decisión del organismo planificador es la determinación de la cantidad de recursos productivos que han de emplearse en reparar, mejorar o incrementar los medios de producción, y la que ha de invertirse en medios de consumo. Porque si se emplea los recursos con que cuenta, en el mejoramiento y ampliación del equipo productivo (fabricación de maquinarias, edificios, reparaciones, etc.), por el momento disminuirá la cantidad de artículos de consumo, aunque en lo futuro dicha ampliación signifique un aumento de tales artículos; y si se emplea los recursos en producir una mayor cantidad de artículos de consumo, descuidando el incremento y mantenimiento de los medios de producción, el equipo productivo se envejecerá y deteriorará, lo que, en lo futuro, redundará en una disminución de los artículos de consumo.

En el sistema capitalista, es el famoso resorte automático el que distribuye los recursos productivos entre los medios de producción y los bienes de consumo. Cuando se ahorra dinero, si no se lo atesora en una caja o se lo entierra, se invertirá, lo que significa un incremento en los medios de producción; si no se ahorra y se lo gasta, esto constituirá la demanda de los medios de consumo. Es, pues, el ahorro y el gasto el que determina, que los recursos productivos se dirijan por un canal o por otro.

En el sistema socialista, en el que todo es producto de una decisión consciente, será el organismo planificador el

que determine la cantidad de fuerza de trabajo y de materias primas, etc., que ha de invertirse en producir nueva maquinaria, equipos industriales, así como aquello que ha de consagrarse a los artículos de consumo. Esta decisión dependerá mucho del desarrollo económico de cada país y de los recursos con que cuente. En un país superindustrializado como EE. UU., donde ya existe un gran equipo productivo, se intensificaría la producción para el consumo con el fin de satisfacer las necesidades de todos los hombres, sin distinción de clases, suprimiendo así la miseria que se levanta junto a una insultante riqueza. En cambio, en un país poco desarrollado, sin descuidar el aumento de los bienes de consumo para una mayor satisfacción de las necesidades, se tendrá que poner el acento en el desarrollo del equipo productivo deficiente, lo que hará posible, en lo futuro, una mayor producción de artículos de consumo para satisfacer las necesidades sociales. Es lo que tuvo que hacer Rusia, donde, sin despreocuparse de mejorar el nivel de vida de la población, antes en la indigencia y la esclavitud más completa, se concentraron los esfuerzos en la industrialización del país o sea en incrementar el equipo productivo, que traería al correr de los años una mejor satisfacción de las necesidades de todos.

"El problema de las inversiones en una economía socialista tendrá que ajustarse a un principio distinto del que rige en una economía capitalista. Una economía socialista tiene que regularse por el propósito de aumentar su capitalización con un paso más o menos rápido hasta alcanzar el "punto de saturación" de capital-equipo, es decir, hasta que ya no sea posible aumentar la productividad derivada de la transformación de mano de obra en "trabajo acumulado". Llegado este momento todo se reducirá a conservar, usar o sustituir el equipo existente, de donde se sigue que toda la producción neta ordinaria del trabajo correspondería a los trabajadores para su consumo corriente" (24).

No hay que creer que el organismo planificador adopte sus decisiones y las imponga dictatorialmente, como se acostumbra suponer, sino que aquéllas son el producto de las consultas a las unidades productoras que elaboran previamente sus planes parciales; de manera que es mejor un centro que organiza, auna y armoniza democráticamente las

(24) Dobb.—Obra citada.—Pág. 271.

opiniones de todas las unidades productoras y resume la experiencia que se va acumulando en el tiempo. Formulado, con estas informaciones previas, el proyecto de plan o plan de perspectiva, volverá a los organismos productores, a fin de escuchar sus observaciones, y llegar luego de ello a la aprobación del plan operativo. Así el primero es sólo un andamiaje orientador, mientras el segundo es el plan detallado, formal, obligatorio para todos los organismos productores. Así el plan es el resultado de una interacción, en la que se expresa en la forma más completa la voluntad colectiva.

Es en el sistema capitalista, donde el empresario ejerce una plena dictadura, ya que los trabajadores, simples piezas de una máquina, no tienen que ejecutar sino lo que se les impone. En la producción socialista los trabajadores de cada fábrica, por medio de los consejos de fábrica, están en condiciones de opinar respecto a las posibilidades de la unidad productora en que trabajan y contribuir con ello al éxito del plan general.

Es claro que se podrán cometer errores, porque no todo plan resultará perfecto. Pero se tiene la posibilidad de realizar a tiempo las rectificaciones necesarias, porque el hombre tiene en sus manos el control de todas las fuerzas productivas.

"Los errores de planeamiento, dice John Strachey, son errores incidentales que acompañan al ajuste de un complejo sistema de producción que se somete al control consciente. Las terribles desviaciones de la producción que ocurre dentro del capitalismo, no podrán ser llamados "errores" realmente, ya que no son equivocaciones de personas que conscientemente están trabajando con el propósito de ajustar la producción a las necesidades humanas. Mas que errores, se parecen a catástrofes naturales. Dentro del principio capitalista de producción con fines de lucro, el ajuste de la producción a las necesidades se efectúa —hasta donde se efectúa— automática e inconscientemente. No es algo que hagamos; es algo que sucede. Por lo tanto, es incontrolado e incontrolable" (25).

En el sistema capitalista de regulador automático, las decisiones tomadas al azar, no podrán ser modificadas si no después de que los precios del mercado indiquen los errores cometidos en las diversas inversiones, o sea cuando ya no se pueda rectificar, porque las decisiones fueron tomadas con anterioridad.

(25) Teoría y Práctica del Socialismo.—Ed. Universidad Obrera de México.
—Pág. 58.

El "ajuste automático" y "el imperio de racionalidad" que se considera como la virtud especial de un mercado de competencia, sólo puede operar a través de la influencia de los cambios de precio después del suceso. Cada conjunto de hechos ocurre como un resultado de decisiones y, por consiguiente, sobre la base de conjeturas acerca de cuál será su resultado total. Solamente después de que estas decisiones se hayan transformado en actos, los movimientos de precio resultantes pondrán al descubierto los caracteres de toda la situación, ofreciendo así un correctivo automático. Pero cuando las decisiones tienen que tomarse con cierta anticipación a los sucesos del mercado en los cuales llegan por así decirlo a cristalizar, como es particularmente cierto, y quizás cada vez más cierto, de todos los actos de inversión, este correctivo de los movimientos de precio resultantes puede no ocurrir por algún tiempo y tal vez por muchos años. Como mientras tanto las conjeturas tienen que sustituir al conocimiento, se seguirán tomando decisiones equivocadas que habrán de transformarse en hechos. Como, por otra parte, una vez tomada una decisión, y una vez que se ha traducido en un acto durable de inversión, no puede hacerse una revisión precipitada de ella, el error puede persistir con el consiguiente desajuste por años y aún por décadas, como se demuestra en los casos de construcción de ferrocarriles, perforación de minas, planificación de ciudades. Esa falla o retraso dará lugar a que los resultados de la conjetura original sean exagerados, así como a extensas y desvastadoras fluctuaciones" (26).

Sin entrar al análisis del plan financiero y de los medios para llegar a determinar los "precios de costos planificados", y otros procedimientos de carácter práctico que nos darían una idea completa del funcionamiento del sistema, para lo cual tendríamos que hacer un estudio detallado de la planificación socialista en la Unión Soviética (27) (cosa que podría ser materia de otra conferencia), tenemos que concluir que la planificación socialista es un sistema plenamente racionalizado, de racionalización integral, que constituye por la primera vez en el mundo la organización científica de la economía. La racionalización plena y el dominio del hombre sobre la economía.

El capitalismo ha racionalizado el trabajo en la fábrica (taylorismo, fayolismo, fordismo) y ha mantenido la anarquía y la desorganización en la producción del conjunto social; la misma que, a pesar de los intentos de racionalización parcial del Estado capitalista, que trata inútilmente de poner orden en ciertos sectores de la economía, lo que

(26) Dobb.—Obra citada.—Págs. 263-64.

(27) Véase entre otras la interesante obra "La Planificación socialista de la Unión Soviética" de M. Dobb.

se denomina Economía Dirigida, a la que nos referiremos en la tercera parte de este esquema, continúa, en lo fundamental, abandonada a las leyes de lo irracional y lo incosciente.

"Bajo el capitalismo, la indispensable regulación del sistema productivo se lleva a cabo inconscientemente, ajena a los deseos humanos. Su principio regulador se impone como una ciega fuerza de la naturaleza, dejando tras de sí destrucción y sufrimientos. Las cosas son las que mandan. Parecemos ser, y realmente somos dentro del actual sistema, los esclavos aterrorizados de las máquinas que deberían servirnos infatigablemente. Dentro de un sistema económico planeado, en cambio, los hombres, trabajando asociadamente, resolverán el problema de ajustar sus sistemas productivos a sus propios intereses, mediante un control consciente. El establecimiento eficaz de este control, marcará un decisivo paso hacia adelante en la historia de la humanidad" (28).

Ya no hay nadie, a no ser que esté podrido por los viejos intereses y prejuicios, que niegue la necesidad de la racionalización plena de la economía. Pero la llaga sangra, el espanto se extiende y la gritería histérica se levanta ensordecadora, cuando comprenden que esa racionalización o planificación no puede realizarse, como hemos visto, sin arrancar los medios de producción de manos particulares para ponerlos en los de la colectividad, de la sociedad organizada. Esto es lo que los hace rugir de desesperación y de dolor, pues significa la pérdida definitiva de una situación maravillosa, que consiste en vivir cómodamente, nutriéndose, engrasándose y gozando por los cuatro costados, a costa del trabajo, el dolor y la miseria de los demás.

Y claro, no puede hablarse de dirigir conscientemente la economía, de planificarla, si aquellos medios de producción no se hallan en manos de la colectividad; si el organismo planificador, expresión de la voluntad social, no puede disponer de ellos por completo. De ahí que la planificación socialista y la propiedad colectiva de los medios de producción se unifiquen y completen mutuamente.

¿Qué sería, en verdad, del organismo planificador, si estuviera limitado y subyugado por el interés individual de cada propietario que busca por en encima de todo su lucro personal, su ganancia? ¿Cómo se podría planificar estas

múltiples y numerosas ansias de enriquecimiento desatado? Si, pues, planificación socialista es socialización de los medios de producción, para la satisfacción de las necesidades, no de unos pocos, los actuales propietarios de esos medios, si no de toda la colectividad.

C

LIBERTAD Y SEGURIDAD

El hombre que al comienzo de su historia es un esclavo de la naturaleza, aprende a conocer sus leyes, las domina y pone a su servicio, con lo que se libera y constituye amo de ellas. Pero ese mismo hombre ha continuado como esclavo de las fuerzas y leyes económicas y sociales, que actuando por encima de su conciencia y de su voluntad, lo dominan y aplastan con su necesidad ciega. El modo de producción y distribución socialista, constituye el paso gigantesco del reino de la necesidad ciega al reino de la libertad. El hombre conocedor de las leyes económico-sociales, las domina y somete, transformándose así en el dueño de su propia existencia. Ya no será, en lo sucesivo, la economía la que esclavice al hombre, sino el hombre el que esclavice a la economía. Así como el hombre frente a la naturaleza, domina al fuego que devora y al rayo que mata y los convierte en sirvientes domésticos que dan suave calor y luz, así también al dominar las leyes de la sociedad, hará de ésta algo completamente distinto de lo que es ahora, poniendo sus fuerzas económicas no al servicio de la destrucción del hombre por el hombre mismo, sino al de una colectividad consciente, dueña y señora de la vida y de sus destinos, en la que todos contribuyan al bienestar y la felicidad de todos.

Es por eso que irrita la posición de algunos economistas aferrados, en su desesperación, con uñas y dientes al pasado, como los Hayek, los Von Mises, los Robbins, etc., que afirman absurdamente que la planificación económica es la pérdida de la libertad y el camino de la servidumbre. Y es que para ellos la única libertad posible es el abandono

y sometimiento a las leyes sociales, al "laissez faire", "laissez passer", al azar en que el hombre cierra los ojos y se entrega. Pero eso no es libertad sino esclavitud. Así como no es libertad negar la existencia de las leyes en nombre de un libre albedrío inexistente, tampoco es libertad someterse ciegamente al dominio de éllas. Con este criterio, el salvaje desnudo en el seno de la naturaleza y acosado y liquidado por el rayo, sería más libre que el civilizado que se alumbría con bombillos eléctricos. La verdadera libertad consiste en el conocimiento de las leyes, que constituyen la necesidad, no para someterse a éllas, sino para dominarlas y ponerlas al servicio del hombre. Por eso la libertad es conciencia de la necesidad; es la necesidad superada por la inteligencia y la voluntad consciente del hombre. Y eso es el socialismo.

A menudo se ha hablado también de que el socialismo suprime el incentivo que tienen los hombres para trabajar, que es el de enriquecerse.

Les responderemos que si ese incentivo actúa en los pocos hombres que monopolizan los medios de producción, no existe en los millones de trabajadores que saben que con su trabajo, cuando lo tienen, apenas podrán subsistir, sin morirse de hambre; ni menos ha de actuar al tratarse de los desocupados que desean desesperadamente trabajar y no encuentran dónde. Aquí el único incentivo es el terror, el miedo al hambre y la miseria, que es muchas veces peor que el látigo del amo esclavista, y no la esperanza absurda de un imposible enriquecimiento.

En el socialismo todos los hombres trabajarán con alegría (menos naturalmente los que han vivido de los demás, sin nunca trabajar), porque saben que no serán explotados por nadie; que mientras más trabajen recibirán mayor cantidad de artículos de consumo; y que además su vida está absolutamente asegurada, tanto cuando tienen capacidad de trabajar, porque no habrá jamás desocupación, que cuando lleguen a imposibilitarse para ello. No es el enriquecimiento, que nunca ha sido el incentivo para las masas trabajadoras, sino la seguridad de vivir con todas las comodidades, satisfaciendo cada vez en forma mejor sus necesidades materiales y espirituales, lo que hará que los hombres trabajen con interés y eficacia.

También se ha dicho que el hombre no tendrá facultad para elegir libremente su trabajo. Esto es un absurdo

basado en el desconocimiento de cómo funciona un sistema socialista. Es en el actual régimen capitalista donde nadie, o casi nadie, tiene la libertad para elegir una profesión o trabajo, de acuerdo con sus aptitudes y vocación. Clasificado económicamente desde que nace, tiene que ocupar, por fuerza, el sitio que generalmente ocuparon los suyos. El hijo de un albañil o de un peón, difícilmente será algo que no sea otro albañil o peón. Es que podrá elegir libremente ser médico, abogado o ingeniero? No vemos diariamente desperdiciarse tantas inteligencias por falta de posibilidades? No escuchamos a los hombres quejarse de haber tenido que tomar un camino que no era el que quisieron?

En el sistema socialista esto no acontece. Todos los hombres tienen iguales oportunidades porque serán educados igualmente; pero en el transcurso de sus estudios, y previo un detenido análisis de su psicología vocacional, serán lenta y gradualmente seleccionados, de acuerdo con sus aptitudes y capacidades, para los distintos trabajos que han de realizar en la sociedad, los mismos que cada vez irán disminuyendo sus diferencias y adquiriendo las mismas categorías.

¿De qué libertades, pues, nos hablan aquellos ilustres señores? Acaso de la libertad del consumidor para escoger en el mercado lo que quiere, cuando en realidad sus gustos le son impuestos por una propaganda dominadora y sistemática? (29) ¿Y en qué queda esa libertad si no se tiene dinero con qué comprar? ¿La libertad del trabajador para contratar "libremente" su trabajo, cuando tiene que venderse a cualquier precio para no morir de hambre? ¿Y si no hay quién lo contrate de ninguna manera como en el caso de la desocupación? ¿Será la libertad para explotar? ¿La libertad para morirse de hambre? Sí, son estas libertades por las que sufren y padecen los ilustres defensores de las maravillas de un régimen, en el que hasta los capitalistas son esclavos ciegos de las fuerzas oscuras de lo irracional y lo inconsciente. Aquí no hay libertad. Aquí sólo hay esclavitud por los cuatro costados.

El conocimiento del terror a la miseria que sobrecoje continuamente a las clases trabajadoras, hizo que los paí-

(29) Para ilustrar este punto véase el libro "Libertad con planificación" de Bárbara Wootton.—Ed. Fondo de Cultura.

ses imperialistas, en su insaciable propaganda por obtener la carne de cañón necesaria para la defensa de sus intereses económicos, consignara en la Carta del Atlántico aquella falaz declaración que jamás podría cumplirse y que se apresuraron a borrar una vez terminada la guerra, como la del "derecho a vivir libres del temor a la miseria".

Sólo el sistema de producción y distribución socialistas, nos traerá la verdadera libertad. Estaremos libres de la miseria que todos los días se levanta frente a nuestros ojos como el espectro que nos pudre la vida y el sueño. No sólo la miseria actual, sino, como hemos visto, el temor continuo de caer en ella.

Estaremos libres de la explotación, porque el hombre no podrá ya vivir y enriquecerse con el esfuerzo de otro hombre, pues habría llegado a ser real aquello de "ganarás el pan con el sudor de tu frente", sentencia que hasta ahora ha condenado únicamente a una clase de hombres.

Libres de las clases sociales en lucha, de la competencia económica, de la explotación, las crisis, la desocupación, las guerras, la destrucción inhumana e innecesaria.

Libres de la ignorancia, porque el hombre se habrá levantado sobre los residuos de su animalidad, para tomar en sus manos las fuerzas que lo esclavizan y subyugan, a fin de ponerlas al servicio de toda la humanidad redimida.

El socialismo será el triunfo sobre la naturaleza y sobre la sociedad. El salto del reino del desorden y la anarquía, al de la racionalización plena; del reino de la necesidad ciega, al de la libertad y la justicia.

TERCERA PARTE

¿UN SISTEMA INTERMEDIO O MIXTO? ECONOMIA DIRIGIDA, INTERVENIDA O CAPITALISMO DE ESTADO

La ley que rige el desarrollo capitalista, conduce, como hemos dicho, a una concentración y centralización cada vez mayor, que desemboca en los grandes trusts y monopolios. La libre concurrencia, considerada por los economistas como una ley natural, engendra, como ya escribiera Marx muchos años antes, la época monopólica e imperialista.

Pero el monopolio imperialista no anula la competencia y el desequilibrio, sino que los eleva a un plano más amplio y destructor. La ruptura permanente entre la gran producción y las posibilidades de absorción del mercado, o sea entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción que las limitan y detienen, arroja al capitalismo a la conquista de mercados exteriores que desencadenan las guerras mundiales, en las que los imperialismos se destrozan y la economía se hunde cada vez más en el caos de sus contradicciones.

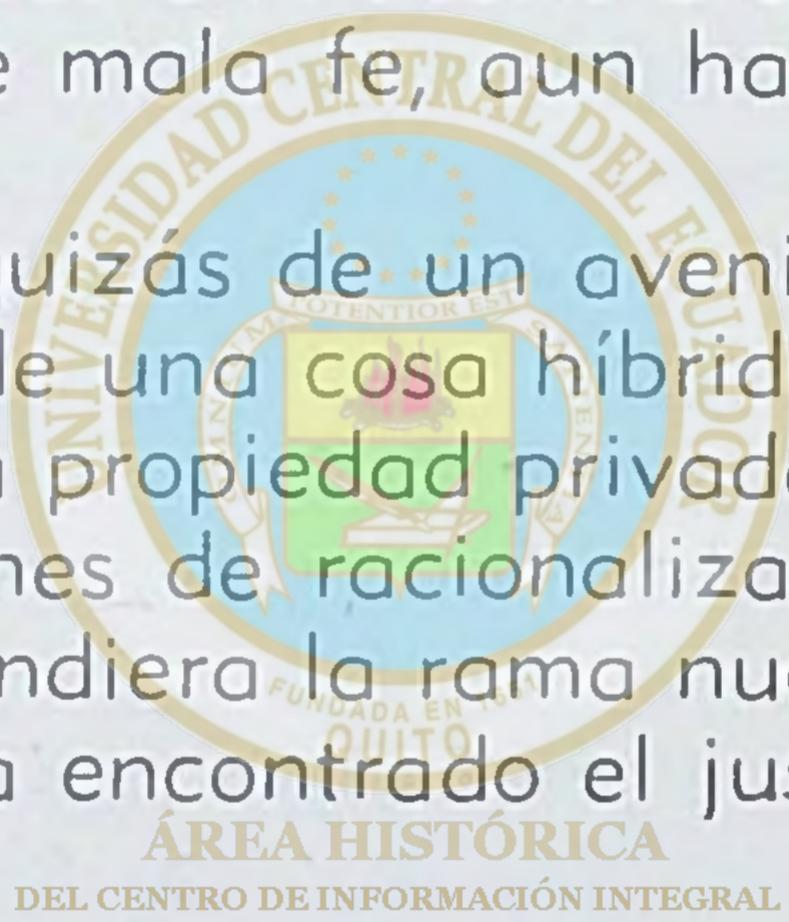
El monopolio incapaz de controlar el caos, en el afán de afirmar el beneficio así como aplastar a las nuevas fuerzas en marcha que se le oponen cada vez más intensamente, acude a la más directa intervención del Estado que, abandonando el liberalismo, se vuelve proteccionista y autoritario. Así advienen el fascismo, el nazismo, el corporativismo y más ismos productos del monopolio agresivo.

He aquí, entonces, que después de la primera guerra mundial, en la que se rompe la cadena imperialista para dar

paso al socialismo en la URSS., se comienza a escuchar también en los países capitalistas, y precisamente en aquellos de economía más desarrollada, en que el capitalismo monopolista se debate en el caos y la agonía, ciertos acentos que parecerían de un sabor socializante, como el de organizar, dirigir, planificar y controlar la economía, a lo cual se había ocurrido en gran parte durante la guerra o economía de guerra. En Alemania, Italia y el Japón, se establecen sistemas de control autárquico, en EE. UU., el "New Deal"; y en todas partes los gobiernos amenazan inundar la tierra con planes y subplanes de las más variadas especies.

Es cuando ciertos políticos y economistas interesados en mantener el régimen condenado a muerte, comienzan a afirmar que al mundo le había nacido algo así como un nuevo y flamante sistema, que podía considerarse como el producto de las dos economías polarizadas y en contraste, que hemos analizado en nuestro breve estudio. Y algunos desorientados o de mala fe, aun hablaron simplemente de socialismo.

¿Se trataba quizás de un avenimiento entre capitalismo y socialismo, de una cosa híbrida, mixta o mestiza, en la que se acople la propiedad privada de los medios de producción a los afanes de racionalización plena? ¿Había sido posible que prendiera la rama nueva en el tronco rugoso y viejo? ¿Se habría encontrado el justo medio entre los dos extremos?



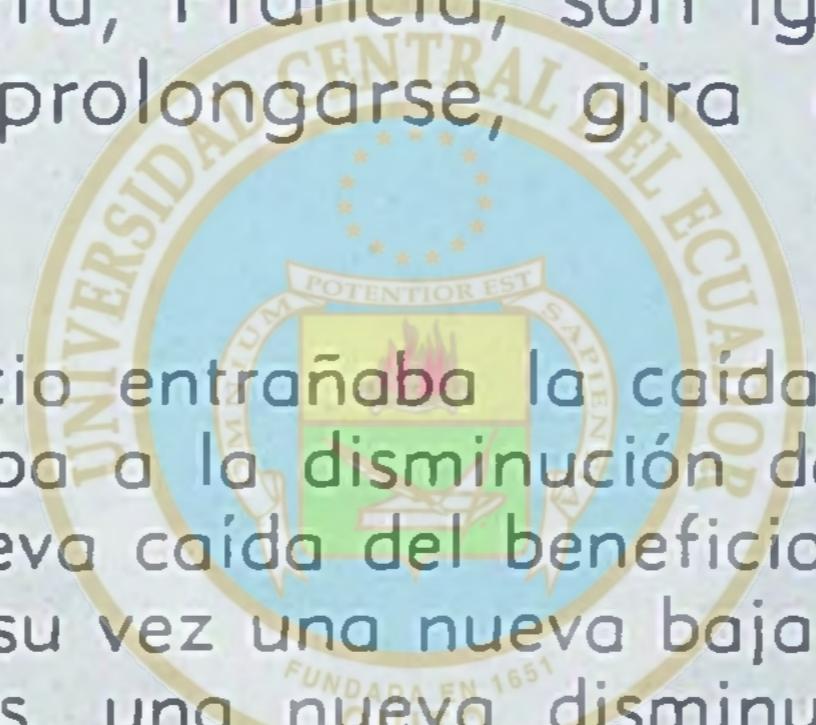
"Es necesario elegir, dice Baltra Cortés, o entre el liberalismo obsecado en su absurda creencia en ciertas leyes naturales capaces de producir automáticamente el equilibrio apetecido o entre el socialismo con sus diversos matices o entre una **solución intermedia** que armonice el interés y la iniciativa individual con la acción coordinadora de la colectividad. Los partidarios de esta última solución se agrupan en la tendencia que se ha dado en llamar de la economía Dirigida, Planificada, Organizada o Intervenida (30).

En verdad, desde la primera guerra mundial y especialmente desde la formidable crisis de 1929, la economía parece tomar un rumbo distinto. Henry Claude, entre otros, en su libro titulado "De la Crisis Económica a la Guerra Mundial", nos aclara las razones de ese cambio. A partir del 22 de Octubre de 1929, y situándose en la Bolsa de Nue-

(30) La Economía dirigida.—Ed. Universidad de Santiago de Chile.—Pág. 4.

va York, desarrolla ante nuestros ojos asombrados, un panorama verdaderamente dantesco, que se resume en la danza vertiginosa de quiebras que se suceden en cadena, millones que desaparecen, bancos y fábricas que se cierran, grandes masas lanzadas a la desocupación, todo mezclado y confundido en un mundo que se desploma.

La industria americana, para referirnos solo a ésta, que emplea 8'830.000 trabajadores en 1929, ocupa 5.441 millones en 1932. La Sociedad de las Naciones avalúa hasta en 30'000.000 el número de desocupados en el mundo. El índice de producción de las 30 industrias norteamericanas más importantes, cae de 114 en el 29, a 52, en el 32. El número de altos hornos de 207 a 45. Los intereses y los dividendos, de 688 millones de dólares por mes en 1930, se reducen a 387 en Febrero de 1933. Los salarios de los obreros de la industria bajan de 11.820 millones de dólares en el 29, a 4.907 millones en el 32. Las cifras de los demás países, Alemania, Inglaterra, Francia, son igualmente escafo-riantes. La crisis, al prolongarse, gira en un verdadero círculo infernal:

The seal of the University of Central Ecuador, featuring a circular design with the text "UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR" around the top and "FUNDADA EN 1651" at the bottom. In the center is a shield with a map of Ecuador and a crest.

“La caída del beneficio entrañaba la caída de los ingresos; la caída de los ingresos llevaba a la disminución de las ventas; la baja de las ventas, a una nueva caída del beneficio. Esta nueva caída del beneficio, provocaba a su vez una nueva baja de los ingresos; esa nueva baja de los ingresos, una nueva disminución de las ventas, una nueva caída del beneficio, que a su vez. . . . La actividad económica parecía tender hacia un punto muerto; la argolla de la crisis que tenía el régimen en la garganta se estrechaba cada día más. Era preciso a todo precio aflojar la argolla” (31).

Pero el régimen capitalista agonizante, atenazado por sus hondas contradicciones, se defiende. No es posible que continúe abandonado a las famosas leyes naturales, y el Estado tiene que intervenir. Así como intervino en la época mercantilista, cuando el capitalismo era un niño al que había que enseñar a caminar, fingiendo soltarlo de la mano, aunque siempre vigilándolo, durante la época de su pleno desarrollo y madurez, que es lo que constituye el liberalismo económico, ahora que se inclina caduco y moribundo, es necesario servirle nuevamente de báculo y sostén. Con-

(31) Henry Claude.—"De la Crisis Económica a la Guerra Mundial.—Ed. América Lee.—Pág. 17.

secuencialmente, el Estado inicia una época de neo-intervencionismo en las más diversas y complicadas formas. Ya concede subvenciones a la industria, iniciando la etapa del capitalismo mendigo (mientras escaseaba el dinero para salvar de la miseria a las masas desocupadas y hambrientas, se encontraban millones para subvencionar a los grandes capitales cuyos beneficios habían disminuido. Igual, aunque en pequeño, con lo que sucede en nuestro Ecuador entre la miseria del pueblo y los subsidios a los exportadores de arroz); ya influye sobre los precios, al restringir la oferta de los productos, disminuyendo la producción o cerrando el mercado nacional para los artículos extranjeros, lo que produce una ola de discriminaciones aduaneras y controles de cambio, que trae un nacionalismo económico sin precedentes; o también compra grandes stocks de productos excedentes a fin de destruirlos para descongestionar el mercado y mantener dichos precios (en EE. UU., el Estado adquirió en 1934, 700.000 cabezas de ganado por semana o sea retiró del mercado 8 millones de cabezas y las destruyó); ya reglamenta la industria en lo que se refiere a materias primas, horas de trabajo, por máquina; ya interviene en la fijación de salarios; ya controla la moneda para devaluarla, con lo cual se trata de salvar a los ricos y hundir a los pobres, tal como acontece en estos momentos en el Ecuador; ya intensifica o disminuye el crédito; ya impone el racionamiento en el consumo, etc. Pero en todos estos casos de intervención, se trata de defender el beneficio, de volver costeables las empresas que han perdido su costeabilidad.

La necesidad de defender el beneficio acentúa la tendencia al monopolio, ya que para ordenar la producción hay que concentrarla y centralizarla. El monopolio es una tendencia inherente al régimen de beneficio. Cuando se desarrolla la industria no se puede estar seguro del provecho si no se es dueño de los precios de venta, o sea si no se controla los mercados. Pero los grandes trusts y argollas, se han sentido incapaces para salvarse de las crisis y la anarquía y piden ayuda al Estado, que, por otra parte, no es sino la expresión de esas fuerzas económicas.

De estas intervenciones estatales, emana esa serie casi interminable de planes y subplanes, que constituyen en los países capitalistas, lo que se ha dado en llamar Intervencionismo, en un sentido general, como lo emplea Henry

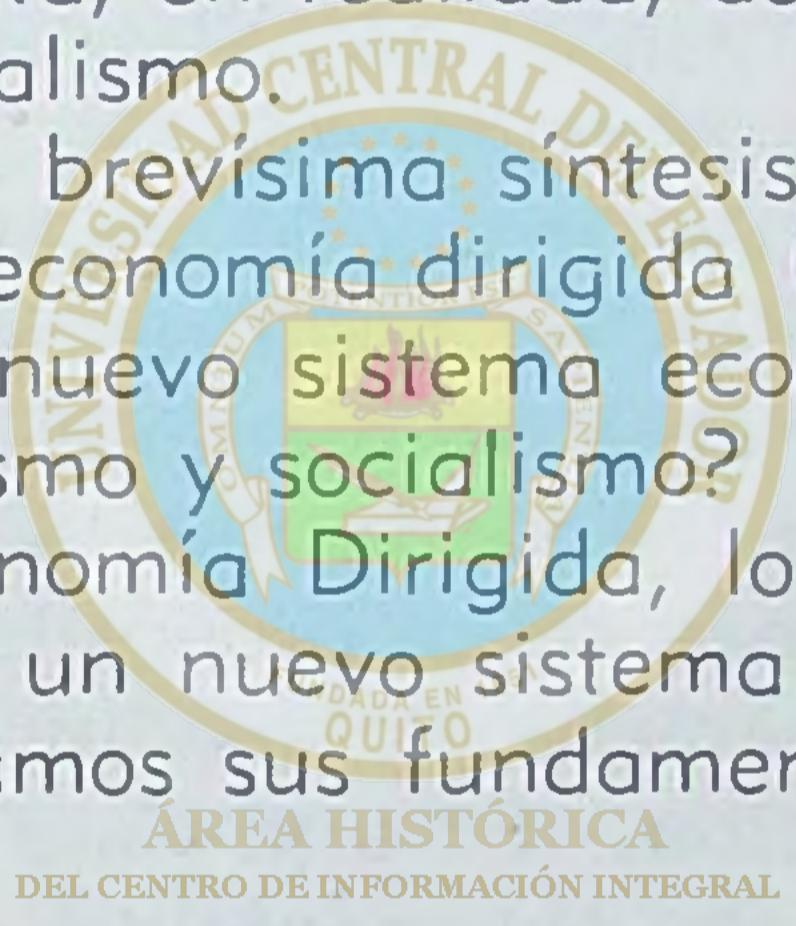
Laufenburgen. (32) Economía Dirigida.—(33) Capitalismo de Estado.—(34) y a un Socialismo de Estado.—(35), etc., etc.

En realidad, si se realiza un estudio detenido de todos y cada uno de los planes formulados en la última época, y hay numerosos autores que lo han efectuado desde diversos puntos de vista, encontraremos, en lo fundamental, que todos los gobiernos de los países capitalistas, persiguen en sus intervenciones, direcciones o planificaciones, como quiera que se les llame, poner en acción los medios necesarios para defender el beneficio amenazado o recuperar el beneficio perdido.

Ya se trate de Alemania, Italia o el Japón, donde el monopolio económico se funde con el gobierno político para darnos el nazi-fascismo, que no es otra cosa que la dictadura del beneficio; ya sea en los EE. UU., con el New Deal y otros planes; se trata, en realidad, de amortiguar las insuficiencias del capitalismo.

Después de esta brevísimas síntesis, podemos volver a preguntarnos: ¿es la economía dirigida (llamémosla con este solo nombre) un nuevo sistema económico? ¿Una avenencia entre capitalismo y socialismo?

La llamada Economía Dirigida, lo podemos afirmar rotundamente, no es un nuevo sistema económico ni cosa parecida. Si analizamos sus fundamentos y realizaciones



(32) "La palabra intervencionismo sirve para designar toda una serie de expresiones, como son, por ejemplo, economía dirigida, intervenida u organizada, capitalismo reglamentado o planificado, neo-capitalismo, neo-mercantilismo, reformismo social, "estatismo", corporativismo, etc.—"Intervención del Estado en la vida económica.—Ed. Fondo de Cultura.—Pág. 12.

(33) "La economía dirigida es una tentativa de ejecución concebida por las potencias capitalistas, o mejor neo-capitalistas de nuestra época con el propósito de libertarse de la sujeción, gracias a la complicidad del Estado, de las leyes económicas naturales y de las enseñanzas tradicionales de la ciencia".— Charles Bodin.— Economía Dirigida, Economía Científica.—Ed. Pavlov.—Pág. 299.

(34) "El capitalismo de Estado en general significa, medidas de regulación estatal, control e intervención que tiene lugar sobre la base de las relaciones capitalistas de producción".—"El Monopolio Mundial y la Paz". James S. Allen.—Ed. "Páginas", Pág. 230.

(35) Véase la cita posterior de Jean Jaures. A menudo se establecen ciertas diferencias entre las denominaciones a que se refieren las notas anteriores; pero esto carece de importancia para nuestro objeto, ya que en todo caso se trata de intervenciones realizadas dentro del marco del sistema capitalista y manteniendo las mismas relaciones de producción.

(y es lástima que no podamos hacerlo en detalle), vemos que estos afanes intervencionistas no cambian en nada el sistema capitalista que conserva sus características esenciales. Mantiene la propiedad privada de los medios de producción y con ella las relaciones correspondientes, la explotación, la división en clases, etc. (36) Amplía y acentúa la desorganización y la anarquía, puesto que los monopolios no suprimen, como ya dijéramos, la competencia ni el desequilibrio, sino que los elevan a planos más destructores, siendo completamente ilusorias aquellas teorías del superimperialismo u organización monopolista mundial de la economía, ya que se acentúan en vez de suprimirse, las contradicciones capitalistas, que conducen a las crisis, la desocupación, el hombre y las guerras, con lo cual se introduce una anarquía y una inseguridad cada vez mayor.

A pesar de sus intentos de racionalización parcial, al intervenir en los distintos sectores del proceso productivo, el sistema continúa abandonado en lo general al mecanismo autorregulador del mercado; pues sus esfuerzos se encaminan a establecer las condiciones de costeabilidad, el lucro, o sea a poner en movimiento el ajuste automático que gobierna al sistema. Todo lo que se hace, con éxito o no, desde el punto de vista de los propósitos ya enunciados, tiene a poner en movimiento la máquina autorreguladora estropeada y entorpecida. En una vista de conjunto, continúa el "laissez faire" o sea el predominio de las leyes ciegas del mercado:

"Pero, aunque nos hemos separado mucho de los principios del laissez faire y nos dirigimos constantemente hacia una intervención cada vez mayor de la industria, sin embargo, es absolutamente cierto que las fuerzas automáticas todavía tienen una gran importancia. Són ellas los factores que regulan millones de relaciones contractuales, de compras y ventas, en nuestra vida económica. La intervención del Estado, aunque muy extendida, no entra en todos los resquicios de nuestra vida industrial, como sucede con las fuerzas automáticas reguladoras" (37).

(36) "A pesar de la actuación particularmente enérgica del intervencionismo en los países totalitarios, la propiedad privada es la que ha sufrido menos en el conjunto de las manifestaciones de la vida económica y social".—Laufenburger.—

(37) Garver y Hansen.—Obra citada.—Pág. 36.
Obra citada.—Pág. 347.

Por otra parte, después de la segunda guerra mundial, en la que choca el capitalismo liberal y el capitalismo autárquico, carne de la misma carne, por sus diversos modos de expansión y penetración imperialista, los Estados Unidos de Norteamérica han izado su bandera de libre cambio y libre competencia, como lo prueban los pactos de Bretton Woods, Chapultepec, el proyecto Clayton, etc., porque significa libertad para que los grandes trusts norteamericanos aplasten a todas las naciones menos industrializadas del mundo. Lo que no le impediría, naturalmente, abandonar los procedimientos clásicos de la concurrencia y vestir la casaca fascista a nombre de esos mismos trusts, cuando las circunstancias lo exijan para el mantenimiento del capitalismo.

La intervención del Estado liberal o autoritario, determinada por los intereses inmediatos del sistema, no lo altera ni cambia en lo fundamental. Por el contrario, trata de salvarlo y mantenerlo. Es por eso que, a pesar de tales intervenciones, persisten sus características propias.

La intervención del Estado capitalista no sólo no racionaliza la economía, sino que contribuye, en la mayoría de los casos, a desracionalizarla aún más, si cabe el término (38). Basta recordar las medidas que adopta para restringir la producción frente al terror a la abundancia: destrucción de mercancías, pago de primas por abandono del cultivo (EE. UU.) anulación de nuevos métodos técnicos de producción, postergación o supresión de los inventos, etc. La llamada Economía dirigida no logra superar y dominar la irracionalidad de un mercado que continúa dictando las órdenes de intervención o no intervención. La economía dirigida es aún un presente en el altar de Moloch del mercado. Es inútil que el capitalismo, víctima de sus hondas contradicciones que no pueden solucionarse mientras viva, acuda a ciertos elementos de racionalización y control, que se convierte en sus manos en elementos de desracionalización, acentuando aún más el caos, "caos capitalista que no terminará como el caos antiguo, más que con la muerte de Kronos, es decir por la desaparición del capitalismo".

El hombre dirigirá verdaderamente la economía sólo

(38) Véase la racionalización como proceso irracional.—Bases de la Economía Contemporánea.—Antonio García.—Ed. R.F.I.O.C.—Pág. 449

cuando la sociedad tenga en sus manos todas las fuerzas económicas y pueda encausarlas conscientemente hacia el fin, que es la satisfacción de todas las necesidades de la sociedad, cosa que únicamente podrá hacer la planificación socialista con fines de consumo.

Por eso es tanto más absurda la posición de aquellos que consideran como socialismo estas intervenciones del Estado o esta economía capitalista dirigida, y gritan que el socialismo ha fracasado, porque ha fracasado el nacional socialismo o el "New Deal" rooseveltiano, por ejemplo. Y estas y otras tonterías se oyen continuamente.

Quizás ha contribuido a esta desviación el uso de la expresión Socialismo de Estado, que se da al Capitalismo de Estado, cuando tiende a inclinarse hacia ciertas reformas de carácter social, como limitación de la jornada de trabajo, protección a las mujeres y los niños, instituciones de previsión, etc., por las cuales luchamos los socialistas, pero que no constituyen el socialismo científico, que se basa en la supresión de la propiedad privada de los medios de producción, para crear una sociedad nueva, sin salarios ni explotación, homogénea, sin clases.

"El Socialismo de Estado, dice Jean Jaures, acepta el principio mismo del régimen capitalista, acepta la propiedad privada de los medios de producción, y, por consiguiente, la división de la sociedad en dos clases: la de los poseedores y la de los que no poseen. Se limita a proteger a la clase desposeída contra ciertos excesos de poder de la clase capitalista, contra las consecuencias externas del sistema. Por ejemplo, interviene con la ley para reglamentar el trabajo de las mujeres, de los niños y aún de los adultos, a quienes protege contra la exagerada duración de la jornada, contra una explotación demasiado visible y extenuante. Organiza, por la ley, instituciones de socorros y de previsión, obligando a los patronos a contribuir en interés de los obreros. Pero deja subsistente el patronato y el salariado. Es verdad que a veces manifiesta una tendencia creciente a transformar en servicios públicos nacionales y municipales, ciertos servicios capitalistas, comprando y nacionalizando los ferrocarriles, municipalizando el agua, el gas y los tranvías; pero en esta misma creación de servicios públicos sigue fiel al sistema capitalista, dando un interés al capital que ha establecido las vías férreas. Tanto da que los asalariados tengan que producir el dividendo del capital privado o el interés para los empréstitos del Estado; es la misma cosa. Lo que se llama Socialismo de Estado, es realmente en los servicios públicos, capitalismo de Estado. Por el contrario el socialismo científico, al suprimir la propiedad privada de los medios de producción, crea una sociedad nueva donde no será necesario proteger a una clase contra

otra, porque todas las clases son definitivamente absorvidas en la unidad de la nación" (39).

Así, el Intervencionismo, Economía Dirigida, Capitalismo o Socialismo de Cátedra o de Estado, no son socialismo, socialismo científico, ni constituye el maridaje absurdo de los dos sistemas para formar un tercero, como tratan de que aparezca aquellos que trafican con el confusionismo; porque los dos sistemas capitalismo y socialismo son por su estructura inconciliables, no pueden coexistir sin negarse mutuamente, ya que el uno parte de la propiedad privada de los medios de producción y el otro de la propiedad social de los mismos.

"La economía dirigida es una forma del capitalismo que corresponde a una etapa precisa de su evolución. No tiene pues nada de anticapitalista, cualquier cosa que hayan podido decir tantos periodistas y políticos que, por ignorancia, torpeza o mala fe, han asimilado liberalismo y capitalismo, economía dirigida y socialismo. La economía dirigida no es más que una forma de defensa del beneficio en peligro. La economía dirigida en régimen capitalista es pues esencialmente una economía dirigida en vista del beneficio. Se limita a legalizar y codificar las tendencias del capitalismo al monopolio y a la reglamentación de la producción. Trata de hacer renacer el beneficio por la fijación autoritaria de los precios. No tiene pues contenido socialista y no ofrece con la planificación socialista más que una semejanza de pura forma. El socialismo y la economía dirigida capitalista persiguen objetivos ^{REALISTÓRICA} _{DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL} diferentes y hasta antagónicos; el uno busca el beneficio, el otro la satisfacción de las necesidades humanas. Se dan la espalda al tomar el mismo camino, como dos viajeros que toman el tren en la misma estación para ir en direcciones opuestas" (40).

En realidad, la verdadera planificación socialista dentro del capitalismo es nada menos que un absurdo económico, precisamente porque lo que constituye el alma del sistema capitalista, la máxima excelencia que proclaman sus sostenedores, es la maravilla de que pueda funcionar por si solo, acomodándose a los vaivenes de la oferta y la demanda, y la intervención se realiza precisamente para mantener el sistema. Por otro lado, un sistema de planeación socialista basada en la libre competencia, es algo tan absurdo que no se puede concebir.

(39) Socialismo y Libertad—Jean James.—Ed. "La Vanguardia".—Págs. 6 y 7.

(40) Henry Claude.—Obra citada.—Págs. 34 y 44.

"Si fuera posible, como algunos desean, dice el profesor Mauricio Dobb, imitar en una economía socialista esa competencia con sus ajustes "automáticos", el sistema tendría necesariamente que heredar también las tendencias al desequilibrio y a la fluctuación que son el resultado de la anarquía económica; del mismo modo que, a la inversa, un intento para injertar algunos elementos de la planeación en un sistema capitalista no pueden suprimir la anarquía fundamental que es la esencia misma del sistema, precisamente porque esa "planeación" tiene que respetar la autonomía de los derechos de la propiedad individuales y hasta convertirse en sirviente de los intereses monopolistas existentes, como parece demostrarlo la experiencia ordinaria. Una de dos: o la planeación significa la supedición de la autonomía de las decisiones aisladas, o no significa absolutamente nada. Aquellos que sueñan en el maridaje del colectivismo y la anarquía económica, no deben aspirar, de ningún modo a que la progenie de esta extraña asociación herede sólo las virtudes de sus discímbolos progenitores" (41).

Sin el tiempo necesario para ahondar y concretar aún más este análisis, podemos consignar algunas conclusiones que podrían contribuir a orientar nuestra actitud frente a este aspecto de la economía:

a).—Que, por lo dicho, sabemos que la economía dirigida dentro de los marcos del capitalismo y sus correspondientes relaciones de producción, no es ni puede ser socialista, en la acepción científica de la palabra, ni constituye un sistema nuevo en el que se realice un imposible maridaje socialista-capitalista;

b).—Que la intervención del Estado capitalista, expresión de una clase y un sistema, es incapaz, por su tradición y composición, de racionalizar las fuerzas económicas, en plena pugna con las relaciones de producción, ni mucho menos solucionar las terribles contradicciones que hunden a la economía, cada vez más, en la desorganización, la anarquía y el caos; porque, como dijera Marx, el capitalismo "se asemeja al mago que no puede dominar las potencias infernales que ha evocado" (42);

c).—Que, sin embargo, no hay que olvidar el hecho de que tal dirección económica, de la que ya no puede prescindir ningún Estado contemporáneo, se encamina o por el sendero del pleno autoritarismo conservador y bárbaramente reaccionario, o sea al empleo de la violencia desnuda para

(41) Dobb.—Obra citada.—Págs. 264 y 265.

(42) MANIFIESTO COMUNISTA.—Pág. 82.

la destrucción de las nuevas fuerzas en marcha, como el medio de mantener el régimen monopolista e imperialista, tal el caso del nazi-fascismo, o puede mantenerse por lo menos dentro del marco de la democracia formal y aún quizás tratar de introducir ciertas reformas sociales o medidas de nacionalización, que pudieran crear condiciones favorables para un avance hacia adelante, porque como dijera Engels: "El Estado propietario de las fuerzas productoras no es la solución del conflicto, sin embargo, contiene el medio adecuado, la llave de la solución" (43).

d).—Que esta doble actitud intervencionista no puede ser indiferente para las clases populares, el pueblo trabajador, que tiene que luchar con valentía para obtener, por lo menos, la implantación de gobiernos populares y democráticos en sus respectivos países, a los que es necesario presionar continuamente, con el fin de que impriman a la economía una dirección que permita, en cuanto sea posible, la intervención de las clases productoras en la misma, a fin de luchar e impedir que se la entregue plenamente en manos de los grandes trusts imperialistas y fascistas, que constituyen la reacción plena;

e).—Que, en consecuencia, no sólo es necesario aprender a diferenciar claramente la **planificación socialista**, del **intervencionismo capitalista o economía dirigida**, que son absolutamente diversos, sino también a distinguir dentro de ésta, los varios matices que adopta el capitalismo en esta etapa decisiva de descomposición. Que por ello, es indispensable, ante el barajar constante e irresponsable de aquellas palabras de doble filo y en un constante afán de orientación, preguntarse siempre: ¿Dirección por parte de quién? ¿Planificación para qué y por qué clase? ¿Dentro del marco capitalista o socialista? ¿En manos de quién están los medios de producción? ¿De qué tipo de relaciones económicas se trata?

f).—Que, en fin, los cimientos de la economía capitalista han sido conmovidos profundamente y reclaman la honda, definitiva e inaplazable transformación en un nuevo sistema, el sistema socialista, que no ha de realizarse por medios reformistas, sino por una formidable revolución mundial, que ha de salvar al hombre, no al hombre de una cla-

(43) Contra-Duhring.—Pág. 403.

se, sino al hombre en general, del espantoso naufragio a que lo han conducido las ciegas fuerzas económicas, haciéndolo por fin, dueño y señor de las mismas, al ponerlos bajo su control consciente y racionalizado.



Y he aquí que, al final de nuestro esquema, nos encontramos de nuevo frente a los dos sistemas polarizados y en contraste: CAPITALISMO vs. SOCIALISMO, que quizás debió ser, mas escuetamente, el título de esta charla.

No importa que el Capitalismo en su desarrollo, madurez y decadencia, haya cambiado su casaca ligeramente roja con la casaca parda; que a veces vista hipócritamente la blusa de un reformismo "edificante", o trate inútilmente de racionalizar su irracionalidad. Es lo mismo. Al final, nos entrega su identidad corpórea de férreo mecanismo extracto de plusvalía, dominado por el cambio, engendrando la abundancia y la miseria, al mismo tiempo que las guerras y la muerte. La contradicción es su ser y el desequilibrio y el caos su destino. Frente a él, como un amanecer radiente para la humanidad, se levanta el Socialismo. Viste simple y llanamente de trabajador. La economía bajo el dominio de la inteligencia, vuelve a encontrar su función natural: la de satisfacer las necesidades de todos los hombres, de la colectividad. Los productos dejan de ser mercancías, para ser simples medios de satisfacción. Es la justicia y es la paz. Mientras el Capitalismo es el abandono del hombre a las fuerzas ciegas de la economía; la esclavitud del hombre y el dominio de las cosas; el encadenamiento del hombre y la libertad de la economía; el Socialismo es el dominio pleno y racionalizado del hombre sobre las fuerzas ciegas de la economía; el dominio sobre las cosas; el encadenamiento de la economía, para la libertad del hombre. Esclavitud y libertad dos mundos opuestos y contrarios. Entre ellos, el camino no nos parece difícil de escoger.